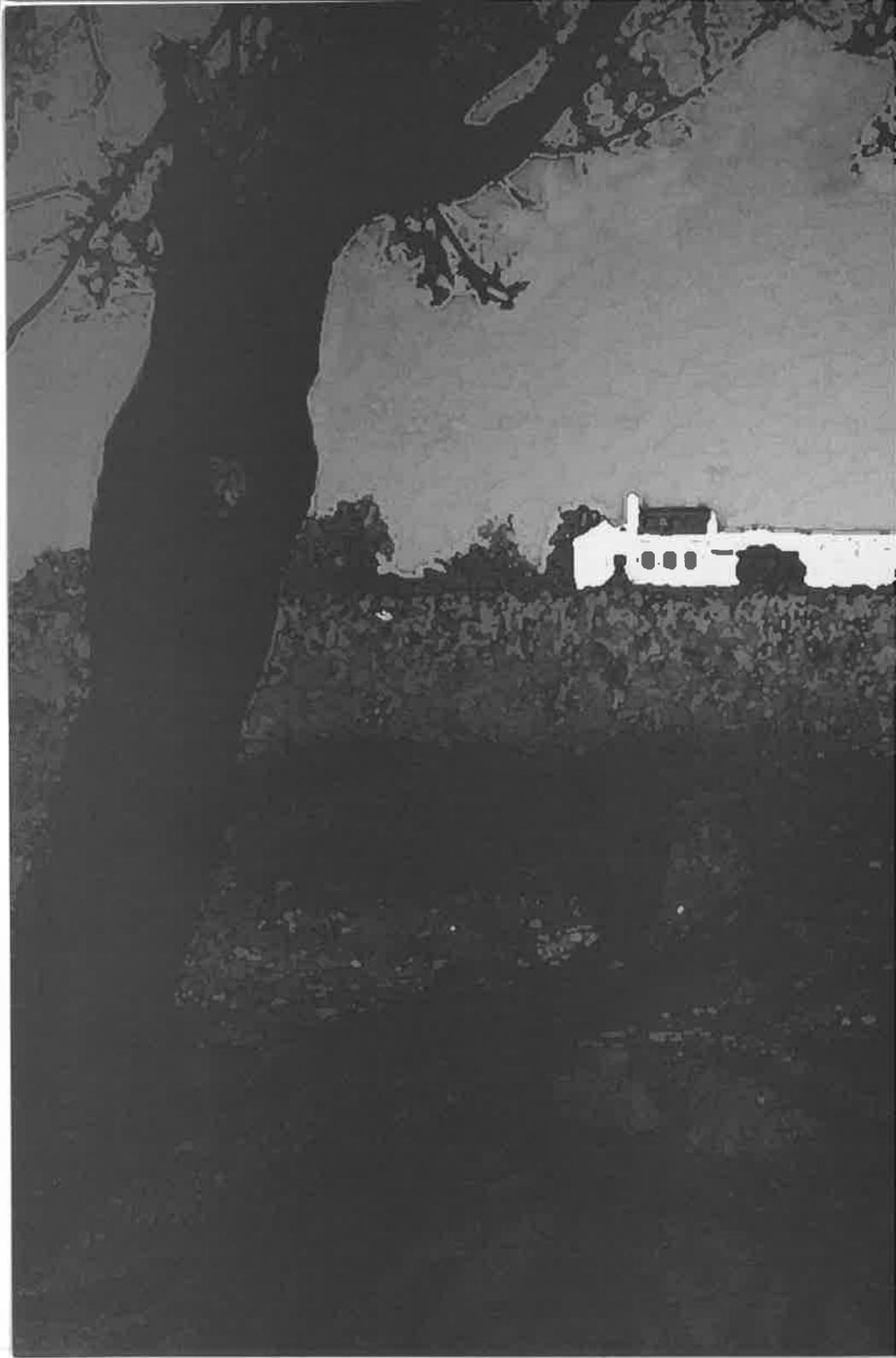


EL MAJUELO



PAULA CONTRERAS







Edita

Diputación de Córdoba

Imprime

Departamento de Imprenta de la Diputación de Córdoba

Depósito Legal

CO - 47 - 07

He de comenzar la que es presentación de este libro confesando que encabezar con unas cuantas líneas esta preciosa obra no resulta tarea fácil. Y no lo es por no saber qué decir, sino más bien por todo lo contrario: su lectura genera obligatoriamente tal cantidad de sensaciones que resulta difícil acertar con las palabras justas que puedan llegar a definirlo aunque sea brevemente. La creación que aparece a continuación destila tal fuerza que, sin duda, produce un aluvión de ideas en todo aquel que la lee.

No querría adentrarme más de la cuenta en la historia, ni en la intrahistoria del tema que nos ocupa. No es mi objetivo ni yo sería capaz de hacerlo ni la mitad de bien que la autora. Sin embargo, me parece complicado elaborar estos párrafos sin hacer alusión a algunas cuestiones que aparecen al principio, en medio o al final de cualquiera de los diálogos que salpican toda la obra. De todas maneras, espero que Paula sepa comprenderme y perdone si en mi afán de describir de forma sucinta *El Majuelo* cometo algún exceso y descubro demasiados elementos del mismo.

El Majuelo, de Paula Contreras, puede ser calificado como el testimonio de una época a través de los pequeños avatares de un gran manojito de personajes que se descubren ante el espectador, que tiene ante sí historias cercanas, quizás lejanas en el tiempo –para este siglo XXI- pero cercanas, muy cercanas en la memoria y en el ambiente.

Así pues, tengo que aprovechar la ocasión que se me brinda al confeccionar la presentación de este texto para, por un lado, felicitar a la autora por su capacidad literaria –y que podemos saborear todos los ciudadanos merced a la publicación de este libro-, y, por otro, afirmar que es todo un orgullo como vecina de Moriles y, por ende, paisana de la escritora, y todo un honor como diputada provincial el participar con estas líneas en la edición y divulgación de esta obra que –como ya he mencionado anteriormente- es cercana y sentida, transmisora de importantes sensaciones y aglutinadora de lo que podríamos denominar como «lo cotidiano».

Toda aquella persona que decida acercarse a *El Majuelo* se topará con unos contenidos que se hacen querer y que cumplen, bajo mi punto de vista, una doble función, ya que distrae a la vez que rememora, divierte al tiempo que instruye. Simultáneamente, tenemos ante nosotros una composición de corte teatral que es tanto un entretenimiento más que beneficioso como una perfecta guía de la que ha sido la Historia reciente de España y, más en concreto, de Andalucía, por estar ubicado el relato en nuestra tierra.

La obra de Paula Contreras acapara un volumen ingente de pormenores y creo que no está demás subrayar que conviene detenerse en cada detalle, por muy menor que parezca. En cada fragmento se encierran mensajes, giros inesperados, sorprendentes reacciones... Y es que este libro parece beber –y bebe– en las fuentes que emanan del umbral de cada casa, del constante bullicio de las calles, en definitiva, de la idiosincrasia que marcaba la vida a mediados del pasado siglo XX.

Profundizar en las relaciones humanas no es, a mi modo de ver, una tarea sencilla y esta morilense lo logra a través de una suavidad y una delicadeza realmente envidiables. Saca a relucir, de una manera muy bella, el roce diario entre hombres y mujeres (entre ellas, entre ellos y entre ellas y ellos). Saca a pasear –a lo largo y ancho del texto– el toque de la sencillez, que no de la simpleza, que se refleja en los habitantes de un pueblo andaluz de la época citada. Desde Cádiz hasta Almería –pasando, como no, por Moriles– lo que cuentan y cómo lo cuentan los personajes es un cuadro que puede pintarse en cualquier municipio, un decorado que puede ser el reflejo de cualquier lugar.

Y si hablamos de reflejo, es de justicia certificar que se trata de un libro que es un espejo de ayer –pues recuerda el día a día de hace unas cuantas décadas– pero también es un espejo de hoy –en el que la sociedad puede mirarse e intentar conservar o recuperar aquellos aspectos de la sociedad de antaño que aún pueden ser útiles y beneficiosos hoy, especialmente en el ámbito de las relaciones humanas–.

Llegados a este punto, tal vez haya aún alguien que no se haya percatado de mi postura con respecto a este ejemplar literario. De ser así, aclararle que *El Majuelo*, me gusta, por todo lo comentado hasta ahora como por todo lo que no podré llegar a comentar por razones de espacio y tiempo. Pero es que los motivos son, de verdad, muchos. Es el caso, por ejemplo, de la agricultura, tema de envergadura en el devenir de las siguientes páginas y asunto que hoy en día centra el interés de las personas tanto o más que en los tiempos en los que transcurre la historia.

Igualmente pasa con otra gran cantidad de elementos que marcan nuestra vida diaria, antes y ahora. No obstante, las palabras que encierra esta encuadernación hacen que el lector se sumerja de lleno en un sinfín de costumbres y tradiciones que, en la inmensa mayoría de los casos, convendría conservar y, en estos momentos, divulgar entre las generaciones nuevas. Este detalle resume el carácter del libro y lo proyecta de forma clara, con humildad y proximidad, la misma que se destila entre sus páginas.

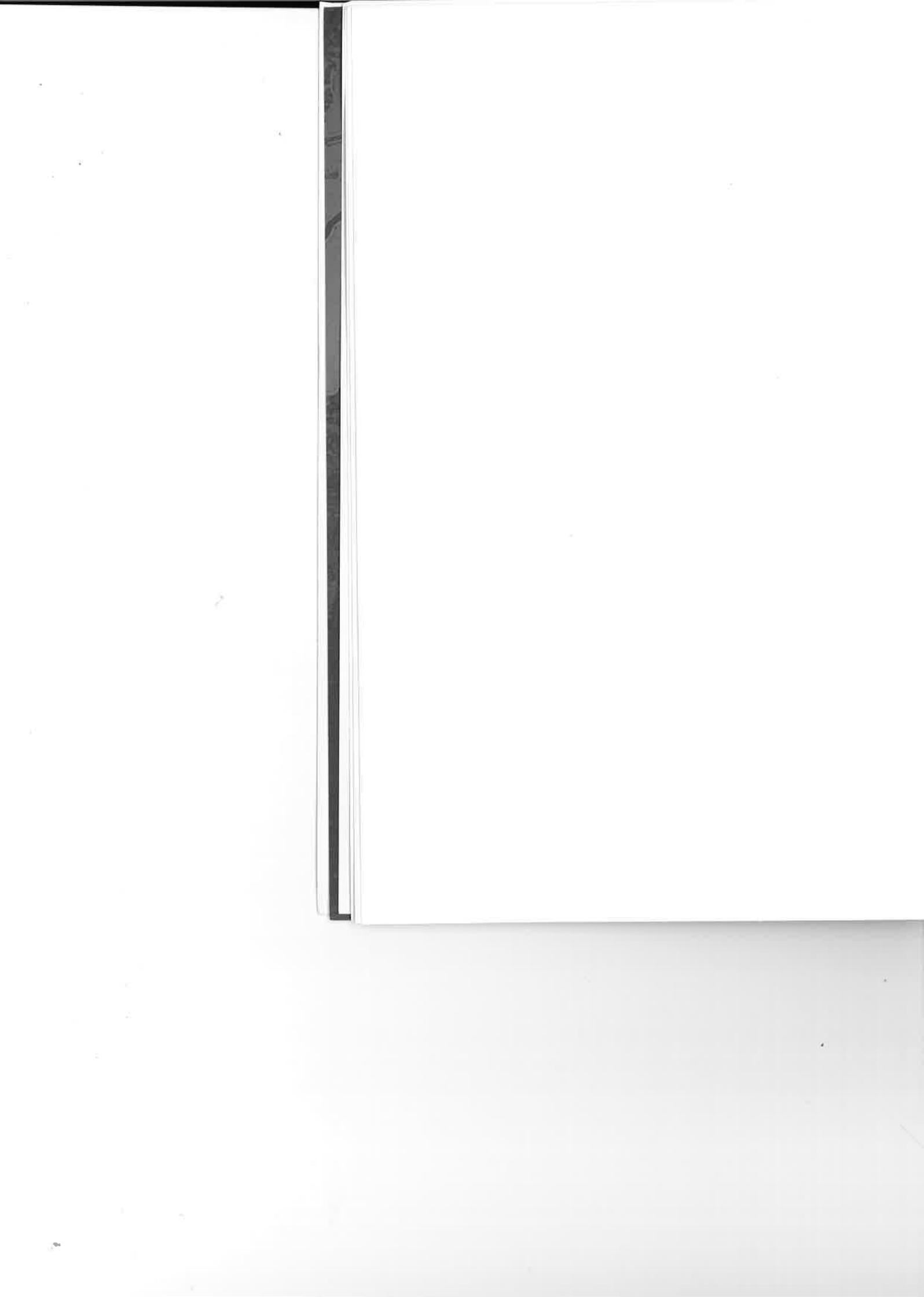
Estamos, por tanto, ante una obra muy completa pues incluye la diversión y la retrospectiva, utiliza de manera cuidada textos bastante elaborados e imágenes muy ilustrativas. Se trata de una conjugación más que acertada de ingredientes que dan como resultado una receta que Paula Contreras cocina a la perfección. *El Majuelo*, en fin, un libro accesible y útil para todos los públicos, evocador para nuestros mayores y revelador para nuestros jóvenes.

En principio puede parecer tan sólo una opinión mía y exclusiva. Seguramente así sea, aunque el conocimiento de la obra me hace pensar que quizás al final de este periplo literario es posible que lleguéis a compartir más de una de las reflexiones aquí vertidas. No os quiero robar más tiempo, ni a vosotros, ni a la autora, ni a la obra, la verdadera protagonista de toda esta historia. Comenzad cuanto antes.

Francisca Carmona Alcántara
Delegada de Medio Ambiente y Protección Civil
de la Diputación de Córdoba



EL MAJUELO



La muchacha dio media vuelta y se encaró con él:

-¿Quiere dejarme en paz?

Él no contestó; parecía asombrado al contemplarla de frente; se pasó una mano por el rostro y balbuceó:

- Perdón..., creí que...

- ¿Me confundió con otra?

- Justamente, señorita..., creí que era la pequeña del capataz. - y añadió explicando su anterior actitud: - A ella la he visto crecer desde que era así: - Se inclinó un poco y calculó con el brazo una altura inverosímil por lo baja, luego sonrió y dijo:

- He pasado unos meses fuera y al asomarse a la puerta, me dije, mirando hacia aquí:

- «¡Como! ¡Cuánto ha crecido la chicuela! ¡Si parece una mujer!»
Y atravesé el camino y comencé a llamarla...

Calló de repente. Ella lo observaba sin azaramiento, como si sus ojos fuesen dibujando el contorno varonil; ciertamente, que él, era apuesto, casi un buen mozo a pesar de sus cincuenta años muy cumplidos, y que la gallardía de su cuerpo se completaba con los rasgos de su rostro: serenos, dominantes y enérgicos; sus ojos, profundamente negros, poseían un brillo irresistible; tal vez, esto era lo que daba a todo su ser aquel tono de energía y voluntad; al brillo de sus ojos nadie

resistió. La muchacha, una mujer hermosa, una real hembra de los pies a la cabeza –así la definió, analizaba su figura con la tenacidad de la inocencia, o con la insistencia ladina de la conquistadora. Los ojos de ella, bravos y audaces, se enfrentaron con la fuerza brilladora de los de él: no hubo ni un solo titubeo, ni la más ligera renuncia: dos fuerzas iguales, dos voluntades firmes, dos energías semejantes.

Naturalmente, el equilibrio se rompió. Y naturalmente, el más débil fue el varón. Desde entonces, siempre que recordaba a la joven, revivía la tarde de su encuentro. ¡Y la recordaba tan a menudo! Aquél instante se le quedó grabado en lo más recóndito de su ser, con un sabor indefinible, torturante y delicioso.

- «¿Por qué me azaré como un chiquillo? ¿Cómo una niña, o cómo una mujer?... Sí, sí. , He de comprenderlo, me encontraba viejo...».

Cincuenta años bien cumplidos, es decir, cerca de los sesenta. ¡No tanto! ¡No tanto! ¿Cincuenta y cinco? Uno más. Cincuenta y seis, justamente esa era su edad. Y a fe, que nadie lo diría: alto, fuerte, arrogante...

Ella sin embargo, lo miró como miran las niñas: ella lo vio viejo.

Lo comprendió después; lo comprendió la noche de aquella tarde memorable. Al separarse de ella y volver por la vereda a la casa, lo hizo pausadamente, como si sus pasos fuesen midiendo con delicadeza la longitud de la linde; como si sus pies buscasen sitio para no aplastar el desbordamiento del hormiguero, o el rastrojo hiriente que se salvó del incendio de la paja que no pudo separarse de la madre tierra y que quedará allí para ofrendarse por sus hermanas gavillas; lentamente: como si los años se le hubiesen agolpado de pronto. Tal vez fuese así. O quizá el pensamiento de que sus palabras fueron torpes, terriblemente burdas.

- Es usted preciosa... Se queda uno sin respiración al mirarla...

Ella estalló en carcajadas. Él enrojeció. La miraba cohibido. ¡Aquella risa resonó por los viñedos y fue ampliándose como si no fuese a acabar nunca! Parecía que todo el campo se sumaba a aquella explosión, y que el aire hasta entonces caliente y calmón, se alborotó y comenzó, como los de las vides, a jugar con los rizos de la bella. ¿Se reía de él? ¿Reírse de él... Le sería fácil hacerla callar... ¿Quién era ella? ¿Qué hacía por aquel campo?

Cesó de reír. Se miraron nuevamente. A él subíale un calor sofocante. Los ojos poderosos y atrevidos de ella, le mareaban. Y habló, apenas sin darse cuenta de lo que decía:

- Son del color de las uvas....

- ¿Qué dice?...

- Que tienes unos ojos maravillosamente verdes.

Ella no rió. Quedóse pensativa unos segundos y mordióse los labios tal vez un poco nerviosa. Él la contempló a su sabor porque ella había dejado de mirarle; las cejas eran oscuras como el pelo y las pestañas; la nariz delicada; el óvalo perfecto; los labios gruesos y rojos como si fuesen a estallar. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí?

- Eres una aparición, una diosa.....

Nuevamente la risa, y ahora con un dejillo burlón y travieso. Pero él continuó mirándola sin abandonar su aire galante y seductor.

- ¡Qué cursilería! ... – exclamó sin dejar de reír.

- Y si te digo que me gustas ¿también es una cursilería?...

Le volvió la espalda despreciativa y comenzó de nuevo a caminar. El silencio reinó por unos momentos, tan grande y solemne, que parecía como si la Naturaleza toda hubiese callado triste, por la despedida del Sol; el cielo quedó rosado y prisionero entre los verdes del horizonte; el aire se volvió de nuevo remolón; los grillos enmudecieron; ni el paso del ganado por el camino, se escuchaba; ni el roncar del motor del



camión que corría por la carretera... De pronto la voz de un hombre, aguda saeta lanzada al espacio, rasgó aquel silencio, y como si fuese el aviso que estuviera esperando el campo, renació potente y hermoso el concierto del atardecer; volvían los gañanes del trabajo; cantaban las mocitas amores en versos sencillos; reían y gritaban todos contentos y alborotadores; el viñero, subía ágilmente la frágil escalera del candeicho, y ya en lo alto, pasaba la caña aflautada por sus labios, y comenzaba sus melodías monótonas, como aleyas del Corán.

Ella bajaba ligera por la vereda y llegaba a la carretera. Él la veía desaparecer tras el vallado. Luego volvióse para su casa. Lo hizo lentamente, como si de pronto los años se le hubiesen agolpado en sus hombros.

En la explanada de la casa, se agrupaban unos hombres; eran los trabajadores que recibían órdenes y ultimaban labores. Junto al pozo abrevaban unas caballerías; muy cerca, unas muchachas coqueteaban con los mozos.



- Yo no me creo nada de lo que tú me digas....
- Mírame, mujer ¿tengo yo cara de mentiroso?
- Cara, no, pero ojos, sí.
- ¡Eh, tú, menos palique y retira la yegua del pilón.
- Sin prisas, sin prisas, que todo se andará...
- ¡El amo! ¡Ya está ahí el amo!...

Él había llegado pausadamente; tal vez un poco encorvado, quizá sin brillo en sus ojos endrinos y retadores. Las mocitas lo miraron con extrañeza; lo compararían como siempre, con aquellos gañanes rondadores, altos, fuertes, arrogantes y jóvenes!... Entonces no pudieron decir como otras veces». ¡Parece mentira!... ¡Hay que ver el garbo del señorito!... ¡Ya quisieran muchos parecerse!...». Aquella tarde, en los picarones ojos de Araceli no hubo admiración, ni se podían adivinar los pensamientos en el rostro arrugado de la abuela que por allí cerca andaba: «¡Siempre igual! ¡Sin que pasen los años por él!». No quiso mirar hacia el pozo, porque no podría sonreír: la risa de la hermosa hembra lo había trastornado, o más bien, le hizo ver bien claro que no tenía por qué envanecerse; dolorosa era la verdad; por eso, él no miró al pozo, ni intentó abatir la picardía de los luceros de la mocita, ni leer en las arrugas de la vieja.

«El amo», habían dicho, y todos guardaron un respetuoso silencio; el acostumbrado silencio; pero aquella tarde le pareció que se prolongaba, que era muy pesado, muy triste.

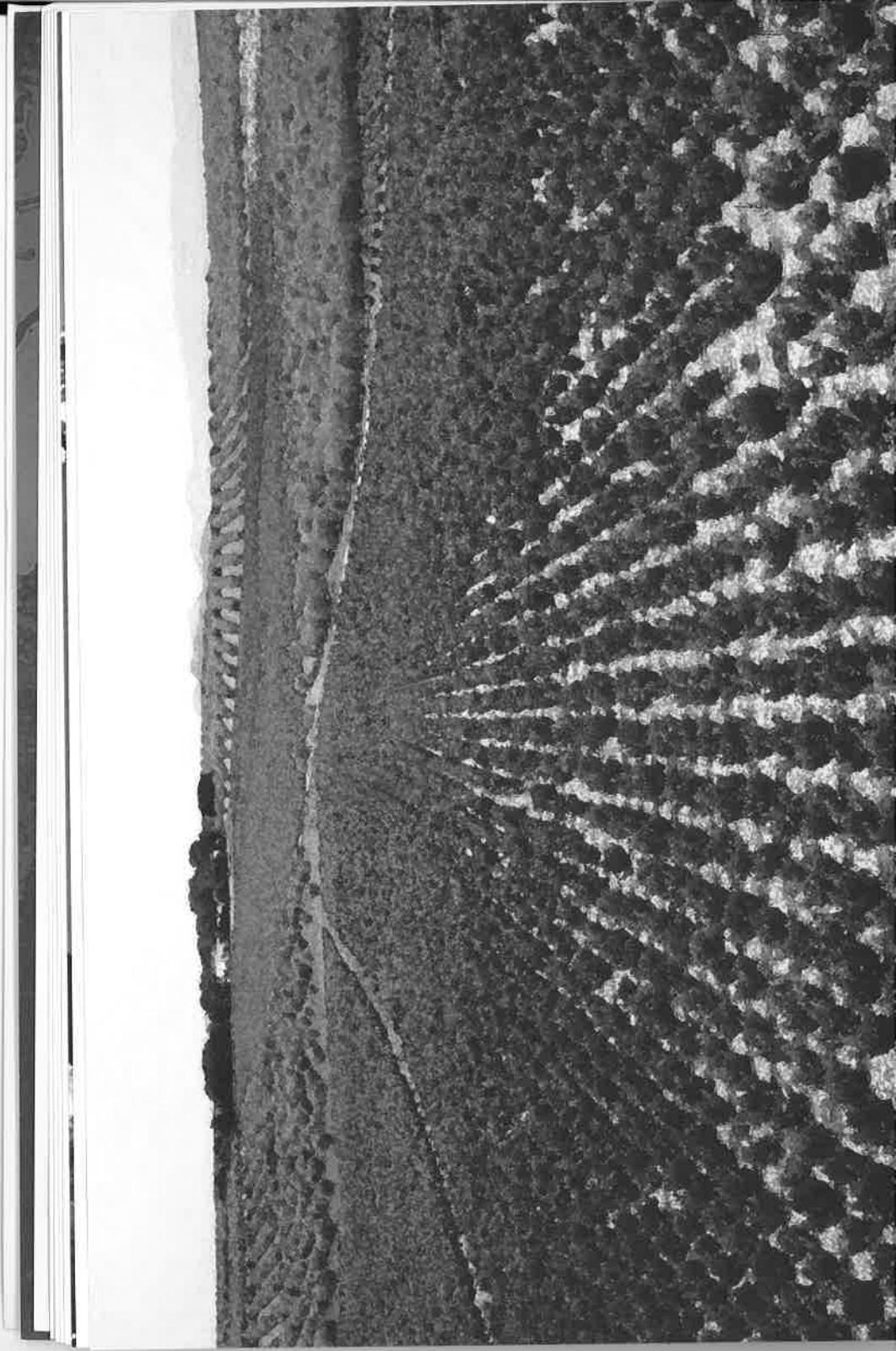
- Dios guarde a usted, don José....
- Dios guarde a ustedes...

Desde la explanada veíase el patio del lagar y los racimos en el suelo formando una enorme montaña de esmeraldas. Al día siguiente comenzaría la pisa; el lagar, blanco, «Blanco como una paloma», había dicho la casera al mostrárselo limpio – esperaba alegre y humilde como

una esposa.- ¿Quién dijo eso? ¡Ah, sí! Se lo oyó decir muchas veces a su padre; su padre, como él ahora, se pasaba la vendimia entre los campos de Montilla y Moriles; en aquel tiempo a este lagar de Moriles, apenas prestaban atención; decía su madre que no reunía condiciones, ni comodidades para pasar en él temporadas; de pequeño apenas venía a «Niña Blanca»; en las viñas de Montilla poseían una espléndida casa, un lagar, como acostumbraban a llamarle; daba gloria despertar por las mañanas y ver las casas del pueblo agrupadas en aquel monte, blancas y brillantes al recibir los besos del sol; él creía que los campos se alborozaban con la visión deslumbrante de Montilla; le parecía que todas las viñas hablaban a la vez locas de entusiasmo: Montilla es la Señora de aquellos montes redondos y suaves como mujeres fértiles; se levantaba temprano y se iba a recorrerlas y a embriagarse de libertas; las viñas, verdes y blancas se extienden voluptuosas como en un desperezo inacabado; se acercaba a las cepas lleno de gula y apreciaba el tamaño de sus frutos, luego se tendía al pie de una y de ella comía las uvas que se apretaban en el racimo; los racimos colgaban como ubres estallantes... A veces, su padre lo encontraba allí tendido: «¡Chiquillo! Parece que estás mamando...» Y lo levantaba riendo... «Vete al lagar a desayunar...» —«Ya no tengo gana...»

¡Oh, aquellas vendimias de su infancia y de su juventud! ¿Y estas? Éstas también. Son iguales que aquellas. Todo igual. Los campos verdes, los lagares blancos... Pacientes y humildes como esposas, le oyó a su padre; si, había algo de la espera confiada y alegre de una desposada...

En el patio se amontonaban los racimos. Al día siguiente se habrían deshecho con la danza de los pisadores y correría el zumo en arroyuelos de flujo constante a llenar las tinajas. Pero aquella tarde aún estaban allí, ofreciéndole la visión de su color maravilloso: el color de los ojos dominadores; recordándole que cada año, desde hacía muchos —más



de cincuenta- la montaña de dulces transparencias siempre era igual y siempre nueva; ¡oh, el color de las uvas y de los ojos!... Era como un dar vueltas en su cerebro ambas cosas; las uvas parecían miles y miles de pupilas brillantes; y la risa burlona volvió a escucharla; resonaba en el lagar, rebotaba en la montaña verde, hacía eco en el patio y saltaba a su espalda entre las viñas...

¿Qué le pasó aquella tarde? ¿En donde se escondió la apostura de su cuerpo, la vivacidad de sus ojos, la agilidad de sus movimientos?.

«Los años no pasan en balde?...», oyó murmurar. Cierto. Era viejo. Ridículo, absurdo.

- Frasquito, saca lo mejor de la bodega y convida a la gente....

Frasquito obedeció, y de la bodega, oscura y húmeda, sacó unas botellas grandes y panzudas, de cuello largo, en las que se transparentaba el líquido de oro.

- ¡Bebed, muchachos, bebed...!

- A la salud del amo!...

En la explanada quedaron saboreando el néctar, haciendo cálculos y pronósticos unos, soñando venturas otros, forjando ilusiones los más, y dialogando amores los ojos de Araceli con los del mozo fornido y galán.

El no quiso estar en la reunión. Por primera vez en su vida, rehuyó la compañía de los vendimiadores; ni en sus campos de Montilla, ni en estos de Moriles, faltó jamás al coro de fiestas.

- ¿No quiere una copa, señorito?

- No... Tengo que hacer...

Y subió precipitadamente a su cuarto. Hacía calor. La noche anunciaba su próxima llegada con las primeras estrellas. De la tierra subía un vaho caliente y enervante, como de una respiración profunda. Las sombras bajaban a los viñedos y se borraban las horquillas que sostenían a las cepas; pronto desaparecería también la línea blanca de

la carretera, y los puntos de los caseríos diseminados por los campos, darían paso a pequeñas y temblonas lucecitas.

¿De dónde era ella? ¿En cuál de aquellas casas habitaba? Bajó la vereda y salió a la carretera tomando la dirección de Aguilar. Por allí, apenas existen colinas, todo se vuelve llanuras cubiertas de majuelos y de viñas viejas...? ¿Y cuántos lagares? Muchos, muchísimos. La carretera deja de ser recta allí, y no por accidente del terreno, si no como respetando las propiedades, y hace casi un ángulo para seguir otra vez recta y segura. Por aquél recodo desapareció ella...

- ¿Qué le pasa al amo?... oyó decir quedamente.

- ¿Qué va a pasarle?

- Yo lo noto raro...

- ¡Cá!... Está como siempre.

Aguzó el oído. Bajo la ventana de su cuarto hay un poyete y en él estaba sentada una pareja.

- ¡Que va a estar viejo!... ¡Más quisieran muchos mocitos que estar como él!...

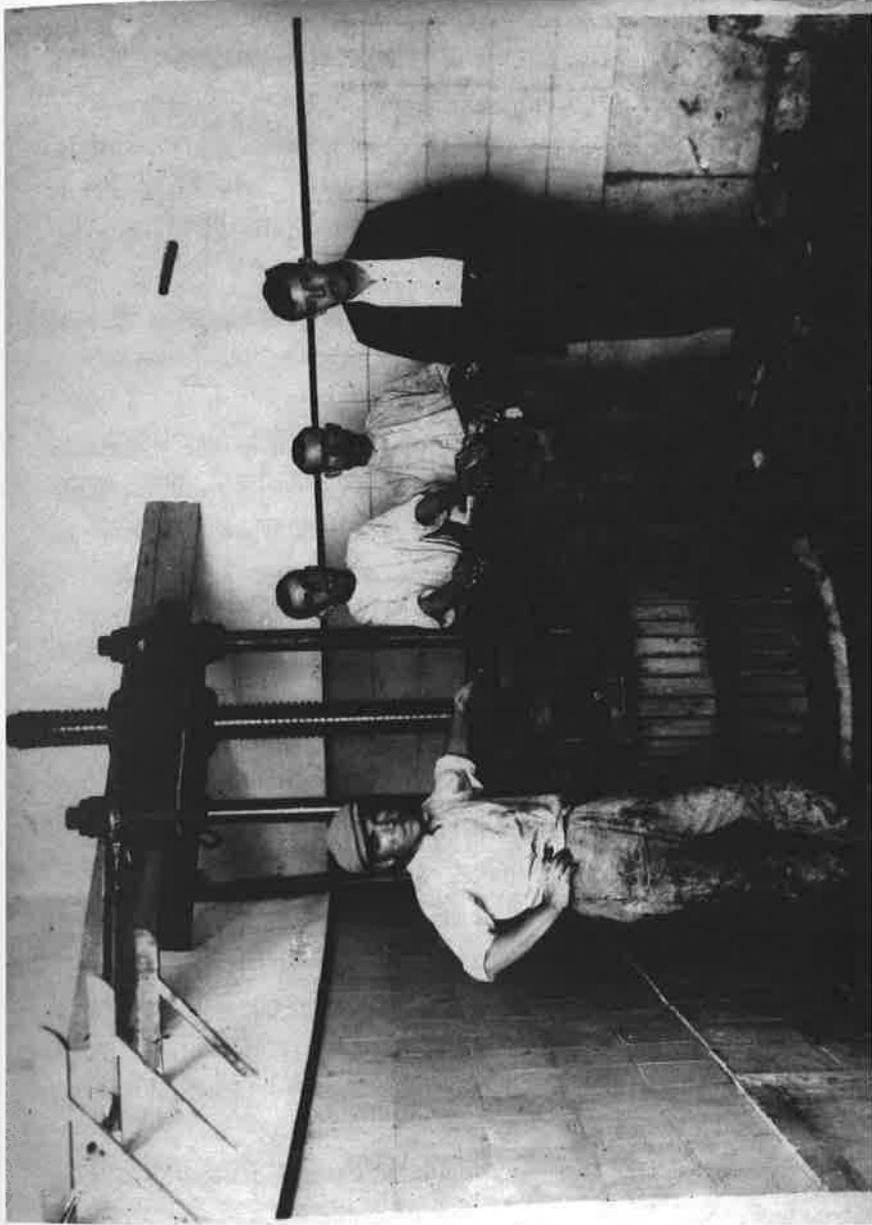
- ¡Oh, dulce Araceli, que palabras más consoladoras!

- Tú no puedes negar que te gusta el señorito...

La voz ruda del gañán sonaba preñada de celos.

- Es que le tengo ley, hombre..., me he criado como quien dice a su vera... podría ser mi padre.

Cerró la ventana. Tal vez violentamente. Estaba aquella noche tan nervioso, que no pudo contenerse. Después acudió a la alacena. En ella, grande, amplia – tenía todas las botellas marcadas con los nombres de sus vinos. Allí las tenía todas. Mezcladas las de Moriles con las de Montilla; todas de sus viñas; con nombres evocadores y rotundos; cada una le traía a la memoria un recuerdo: de su familia, de sus amigos, de las mujeres aquellas que pasaron por su vida como halos de luz cegadora.



Bebió. Bebió para olvidar sus años; para olvidar que ya las mujeres o lo consideraban como a un padre, o se reían de él con saña....

Pasaron los días. Fueron pocos, pero muy largos, y muy tristes.

La vendimia está en plenitud. Da gloria ver como el tiempo ayuda, y como la montañita verde baja y sube constantemente; en el lagar, la danza magnífica sigue su ritmo; alguna vez él también se sumó a ella; entonces era muy joven...

Está obsesionado con el tiempo. Comprende que es ya algo de manía este pensar constantemente en la edad, ésta como envidia que siente al contemplar a los mozos.

Va caminando por la carretera de regreso de la viña. Contra su costumbre, despacio y silencioso, esto ya es una nueva costumbre desde aquella tarde; le gusta callar y pensar; a su lado, Frasquito, de vez en cuando llama al pachón que corre y ladra a los camiones.

-¡Quieto canela!... dijo de pronto.

El perro obedeció.

Del vallado se había separado una mujer, que en aquel momento atravesaba la carretera, sin tener, al parecer, a las embestidas del animal.

-¡Jozú!... ¡Qué buena jaca!...

La exclamación de Frasquito crispó los nervios del amo.

- ¡Y luego dirán que el vino!... ¡ Hay cosas que marean más!...

Una risotada brutal terminó sus palabras.

- ¿Tú conoces a esa señorita?

- No, señorito... – y observando la dirección que había tomado la joven, prosiguió:

- Pero me voy a enterar hoy mismo..., mire, usted señorito, se va a meter en los Claveles...

Al entrar el amo en el patio del lagar, todos advirtieron que estaba de mal humor, o triste, o quizá enfermo...

La mujer de Frasquito acudió solícita:

- ¿Quiere tomar algo, señorito?

Él la miró como si no la hubiese oído.

Y Araceli, preciosa con su bata de percal, se le acercó cariñosa:

- ¿Le hago un refresco, don José?

Araceli tenía en sus labios un delicioso seseo y al terminar de hablar se le quedaba la boca entreabierta, candorosa y risueña. El se le quedaba siempre mirando, porque aquellos dientecillos iguales y blanquísimos tenían la virtud de recordarle a otra mujer. A una mujer que conoció en «Los Claveles». Y esta tarde, más propiamente este anochecer, el recuerdo se hace más claro y profundo. La muchacha está muy cerca ofreciéndole un refresco.

- Tomaré una limonada... -y añadió imperativo - Súbela a mi cuarto.

Los trabajadores quedaron en el patio terminando faenas. Al salir él de allí, se reanudaron las conversaciones y los cantares. La juventud solo piensa en cantar; mezclan las copias más extrañas; lo flamenco y lo popular. La juventud y la niñez siempre cantando. ¿Quién enseña a los niños las coplas del pueblo? Allí en la explanada jugaban al corro:

Aguilar y Montilla,
Cabra y Lucena,
estos cuatro lugares
son de la reina.

Y aquella otra, un poquito absurda:

Sal, salerosa, conmigo a mi viña
Sal, salerosa, conmigo a bailar;
pero vente conmigo, guasona,
al Peñón de Gibraltar.

¿Qué relación tiene el Peñón, con las viñas y la mujer de la copla?

... y el Peñón de Gibraltar
no tiene tantos cañones
como tiene mi morena
en el pelo caracoles.

Ingenuas, como las personillas que las cantan. Unas personillas que empezarán a crecer, como Araceli, a la sombra del lagar, a la vera del amo, y luego dirán:

- Al amo le tengo apego... ¡Si podía ser mi abuelo!

Va subiendo las escaleras muy despacio. Es que teme quedarse solo en su cuarto, porque presente los recuerdos, no le dejarán descansar. Tal vez hubiese sido mejor salir al campo a pasear aunque le llegara la noche; la luna es espléndida y sería delicioso ir por las viñas; mejor hubiese sido que la mujer de Frasquito le hubiera preparado unas tapitas; ¿por qué aceptó el ofrecimiento de Araceli? Por eso: por ser de ella. ¡Que pasaran los años, que se hiciera viejo, y que aún no fuese capaz de resistir el atractivo de una mujer! ¡Una tragedia, si señor! Una ridícula tragedia...

Su cuarto, hermoso y bien orientado, es cómodo y está amueblado con cierto lujo; si su madre viviera, tal vez no le encontraría muchas faltas. Él había prestado mucha atención a «Niña Blanca»; el vino de estas viñas era exquisito, y las cepas hermosísimas, se llenaban, se hinchaban, y pareciendo imposible que pudieran dar tal cantidad de racimos prietos y jugosos. La revelación se la hizo su padre: «¿Ves aquel pañuelillo de lunares- le dijo mostrándole un trozo pequeñísimo de viña -, pues con esas cepas nada más, hemos llenado una tinaja de vino... ¡Vale mucho este terreno! «Por eso, se dedicó al cultivo de «Niña



Blanca», aunque le cuadraba muy lejos de sus posesiones de Montilla. Estas tierras estaban embrujadas épues como si no, un pueblo que sólo contaba cuarenta años de existencia, había podido llegar a tanto...?

- ¿Se puede?

La voz seseante y dulzona de Araceli, apresuró el latir de su corazón.

- Pasa...

Él se había colocado de pie y de espaldas a la ventana, muy erguido. Ella, sostenía en su mano, morena y corta, un plato y un vaso con la bebida. La poca claridad que había en la habitación, la absorbía la figura de la muchacha.

- Espera, quédate ahí...

Araceli se paró a la entrada, con los ojos interrogantes y la boca entreabierta.

Igual. Todo igual. Todo se repite. Aquello ocurrió hacia muchos años también.

Maruca se había detenido en la puerta y sonreía de igual modo, solo que aquella era rubia, rubia como el trigo y tenía unos ojos profundamente azules...

- Estoy pensando, que..., que no tengo ganas de limonada... Pasa mujer,

Araceli entró y llegó hasta la ventana.

- ¿Se encuentra usted mal?

- No... Estoy muy bien... acércate...

Araceli obedeció. Los dos se asomaron a la ventana.

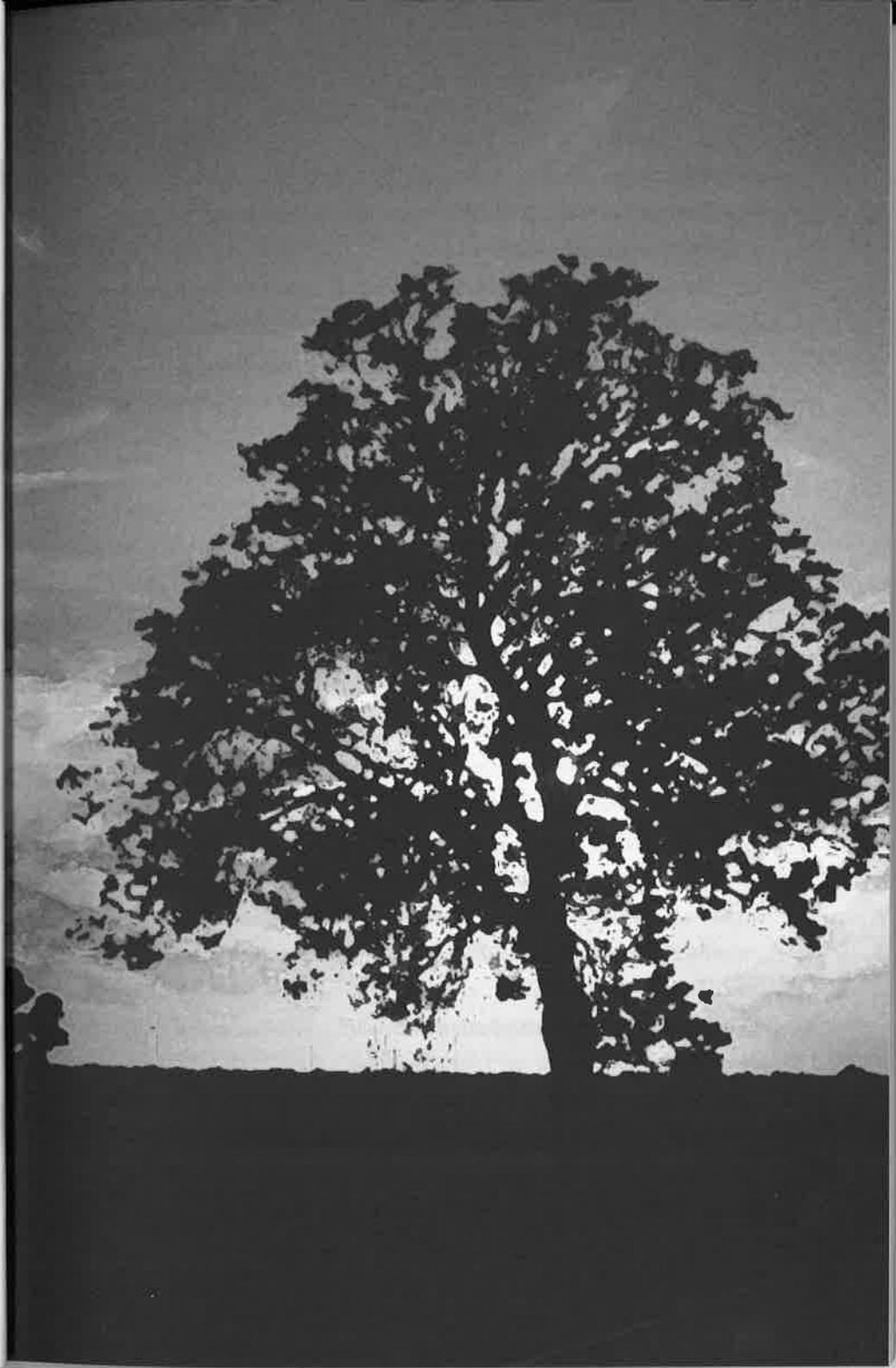
- ¡Que hermoso está el campo! –exclamó ella.

- ¿Te gusta vivir aquí?

Asintió con los ojos gozosos.

- ¿Cuándo te casas?

- Para la feria.



- ¿Qué feria?

- La de mi pueblo, la de Moriles.

- Creí que eras de Lucena...

- De allí es mi padre... Mire, mire usted señorito, que bien se ve desde aquí la sierra de Araceli, y la de Cabra, y Monturque, y...

Él la contemplaba admirativo. Parecíale imposible que una chiquilla tan bonita, tan fina y delicada, tuviera que ser para aquel mozo rudo y fuerte.

- ¿A quién te pareces?

Y ella contestó con otra pregunta:

- ¿Conoció usted a mi madre?

- No

- Pues dicen que me parezco a ella...

Hubo un corto silencio. La muchacha se empinaba sobre las puntas de sus pies mirando al campo. Él continuaba observándola codiciosamente. De pronto tuvo un pensamiento que le hizo sonreír malévolamente. Luego dijo:

- ¿Y si tu novio te viera desde el campo?...

Ella se volvió a mirarle sin comprender.

- Si viera que estás aquí conmigo..., solos los dos...

Rió la muchacha:

- ¡Ay, señorito, que cosas dice!...

- ¿Por qué te ríes?...

- Por eso... ¿Quién va a pensar nada malo?... Mi novio no es celoso..., y yo no doy motivos...

- ¿No das motivos?... —el cuarto se iba oscureciendo cada vez más;

- ¿Y entonces, esos ojos tuyos siempre comprometiendo?.

- ¿Ay qué dice, señorito?... —y la muchacha se dio repentinamente cuenta de que la noche venía a pasos agigantados, y nerviosa por la

actitud inexplicable del amo, dijo muy seria: -¿Qué supone el señorito?... Yo a usted le miro como a todo el mundo, sin malicia; a usted mejor que a todos, porque siempre le he tenido apego como si fuera mi familia...

La voz de él tuvo entonces inflexiones desconocidas.

-¿Y quién dice otra cosa?... No hablo por mí..., lo digo por los otros; los hombres en general, somos malos y opinamos mal de las mujeres...; yo..., yo te lo advierto, por eso, porque soy viejo y sé mucho...

La muchacha recobró la confianza.

-¿Viejo usted, don José?... ¡Vamos!...Lo que pasa es que, desde hace unos días parece que le han echado años encima...; todos lo notamos...

Sentíase molesto y nerviosísimo, y con unos deseos vehementes de tapar con su manos la boca siempre entreabierta, y de cerrarle fuertemente los ojos para que dejase de mirarle con aquella lástima que hería lo más sensible de su ser.

- ¡Araceli, enciende la luz, y baja a la despensa por unas tapas...! Ah, mira, súbeme una botella de allí también, de la despensa...

Al quedarse solo, se dejó caer en una mercedora. Respiraba con dificultad y le latían las sienes aceleradamente. Reprochábase su proceder en lo más íntimo. La muchacha le profesaba un gran afecto: no en vano vivía desde pequeña con la abuela y el padre, en «Niña Blanca»; el padre, era un jornalero capaz y trabajador, y un hombre bueno y fiel que le respetaba y le quería. También él correspondíale; por eso fue temeridad y traición su conducta; había obrado con la inconsciencia de un niño; no supo vencer un deseo vanidoso. Araceli le recordaba a Maruca. Maruca era rubia y blanca; su piel, transparente; su cabello muy suave, muy suave. Fue en otra vendimia; habían ya pasado muchos años; él acababa de terminar la carrera de Derecho y una tarde vino a «Niña Blanca» en un Ford pequeño y ligero. En los

«Claveles» el lagar vecino, estaban sus dueños; Maruca era una invitada; había nacido en una ciudad del norte, y acostumbrada a pasar los veranos en las playas cantábricas; él la divisó –un puntito blanco moviéndose inquieto- en los alrededores de la laguna grande; Allí estaba ella dispuesta a tirarse al agua; se deslumbró cuando la vio cerca; era una criatura deliciosa que no se sonrojó cuando él la miraba mal, envuelta en el exótico traje de baño; Anita los presentó; Anita era la futura dueña de «Los Claveles» y quizá algún día lo fuera también de «Niña Blanca»; los padres de ambos, desde antes de nacer ellos, habían hecho proyectos de casarlos; pero Anita, si bien sentía inclinación por «Niña Blanca», no sentía tanta por él; así lo comprendió cuando veía los entusiasmos de ella al conocer a otros jóvenes poseedores de más riquezas; en cambio, él siempre creyó que era una muchacha capaz de hacerle feliz, hasta aquel otoño en que conoció a Maruca. ¡Qué fuerza tan irresistible poseía la belleza de la rubia! La buena pronunciación de ella y el deseo de él, hacían un gracioso contraste en sus diálogos. Maruca era atrevida en todo: en sus actitudes, en sus movimientos, en sus palabras. Aquella vendimia no volvió a Montilla. Su padre le encargó de las labores de «Niña Blanca».

Y un anochecer, como este de hoy, en esta misma habitación, estando como ahora junto a la ventana, la voz dulce y educada de Maruca, sonó tras la puerta:

-¿Se puede?...

Cuando entró, quedó ofuscado: venía más bonita que nunca, más seductora que nunca. Se quedó parada junto a la puerta, titubeando incitadora...

Se ha sobresaltado, al sentir unos golpes de llamada. Ahora no está soñando un recuerdo; ahora es real, porque la puerta se ha entreabierto y Araceli entra portando una bandeja; llega un poco violenta, forzando una sonrisa.

- Bien, mujer –exclama al ver las rojas lonchas de jamón y los trozos finos de pan tierno- esto se apetece...¿Quieres probar?

- Gracias...

- ¿Cómo gracias? Comerás de esto y beberás del vino «Don José»... Parecía jovial, mientras llenaba la copa.

- ¿Tú sabes por qué este vino se llama «Don José?»

Sonrió ella.

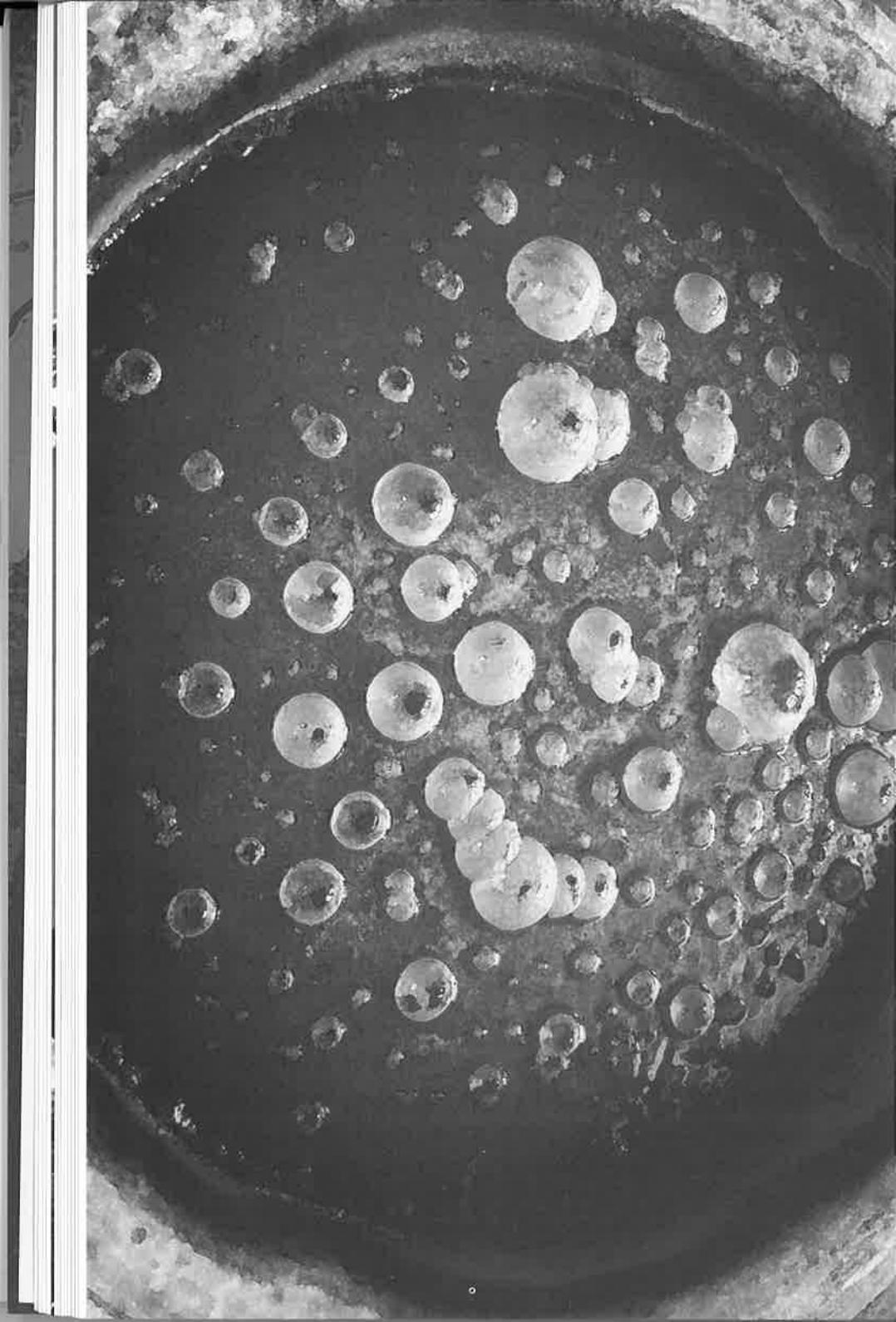
- Este vino era un resto que quedaba en una tinaja...; Se había estropeado y convertido en vinagre de los malos; Entonces yo le dije a la casera: «Dolores, guarde usted ese vinagre en la despensa para hacer gazpacho». Al poco tiempo le pregunté por él, y me dijo: «Es tan malo que no sirve ni para hacer un mal gazpacho...» –«Bien, mujer, pues déjalo quieto y ya veremos que hacemos con él»...

Y tras una pequeña pausa, exclamó:

- Pero tú sabes la historia ¿no?... ¡claro, tú te sabrás la historia de cada bota, y de cada tinaja!...¡Que cosas más interesantes se pueden contar! Pero la historia del «Don José» es la más reciente... Tú sabes que no se volvió a tocar en la pequeña bota de la despensa, y que un día, pasados unos meses, Dolores que necesitó vinagre, llegó toda sofocada porque al usarlo había estropeado el gazpacho... Y es que el vinagre se había vuelto un vino de lo mejor... ¿cómo se hizo el milagro? Como todos... Y tú, Araceli, ¿Qué opinas?

- El aire...

- ¿El aire?... rió. – No eres docta en estas cuestiones de vino..., -y añadió- Ni falta que hace... No hay por qué entender de vinos, de viñas y bodegas.... Sobra con que estés criada aquí, con que hayas correteado entre los pámpanos, con que hayas adornado tu cabeza con ellos, con que tus pies ayudarán a pisar los tiernos gajos..., con que hayas respirado ese aire que tú dices... El vino y la mujer; los dos juntos; ¿qué es el uno



sin la otra?... Bebe, Araceli, bebe... -y le puso la copa en los labios-

Bebió la muchacha sin acertar temerosa a negarse, y luego, en silencio intento salir de la habitación.

- Sí, vete, mujer...; estás asustada...; aún no he bebido...; ni estoy loco, ni borracho...; sólo estoy viejo...

Ella salió precipitada, como huida.

Él sonreía con tristeza. Luego, comenzó a beber.

Era ya día claro, cuando Frasquito llamaba en el cuarto del amo.

-¡Qué día!... había dicho al entrar -Un día de lo mejor; en su punto; día de vendimia, de mucho calor, pero sin que el sol pique... -y luego, confidencial: - Anoche estuve en «Los Claveles»..., y una señora me dio esta cartita para usted...

¿Cómo no me la entregaste anoche?...

- Yo..., don José, yo vine hasta aquí, pero me encontré que usted dormía como un bendito y...

Don José había cogido el pequeño sobre y comenzaba a leer, mientras Frasquito lo observaba curioso; pero el rostro del señor no acusaba sensaciones, o por lo menos él no supo percibir las y no supo tampoco captar algo tan sutil y tan leve, como los hombros y el tórax más levantados, y las piernas más firmes; sólo al levantar la cabeza pudo notar claramente, que los ojos endrinos y dominadores brillaban con su fuerza habitual.

- Hoy no puedo ir a la viña..., ni podré estar en el lagar... -dijo con voz que a Frasquito le sonó extraña -; tengo que ir a «Los Claveles»...

Algo hubiera dado el buen hombre por saber qué cosas decía la carta. Cuando bajó al patio, Dolores le salió al encuentro:

- ¿Cómo está el señorito? ¿Le subo ya el desayuno?... Pero, ¿qué te pasa a ti, Frasquito? ¿Es que está malo don José?... ¡Cómo que lleva unos días más raro! ¿Qué le pasa, Frasquito?... ¡Hijo, contéstame!...

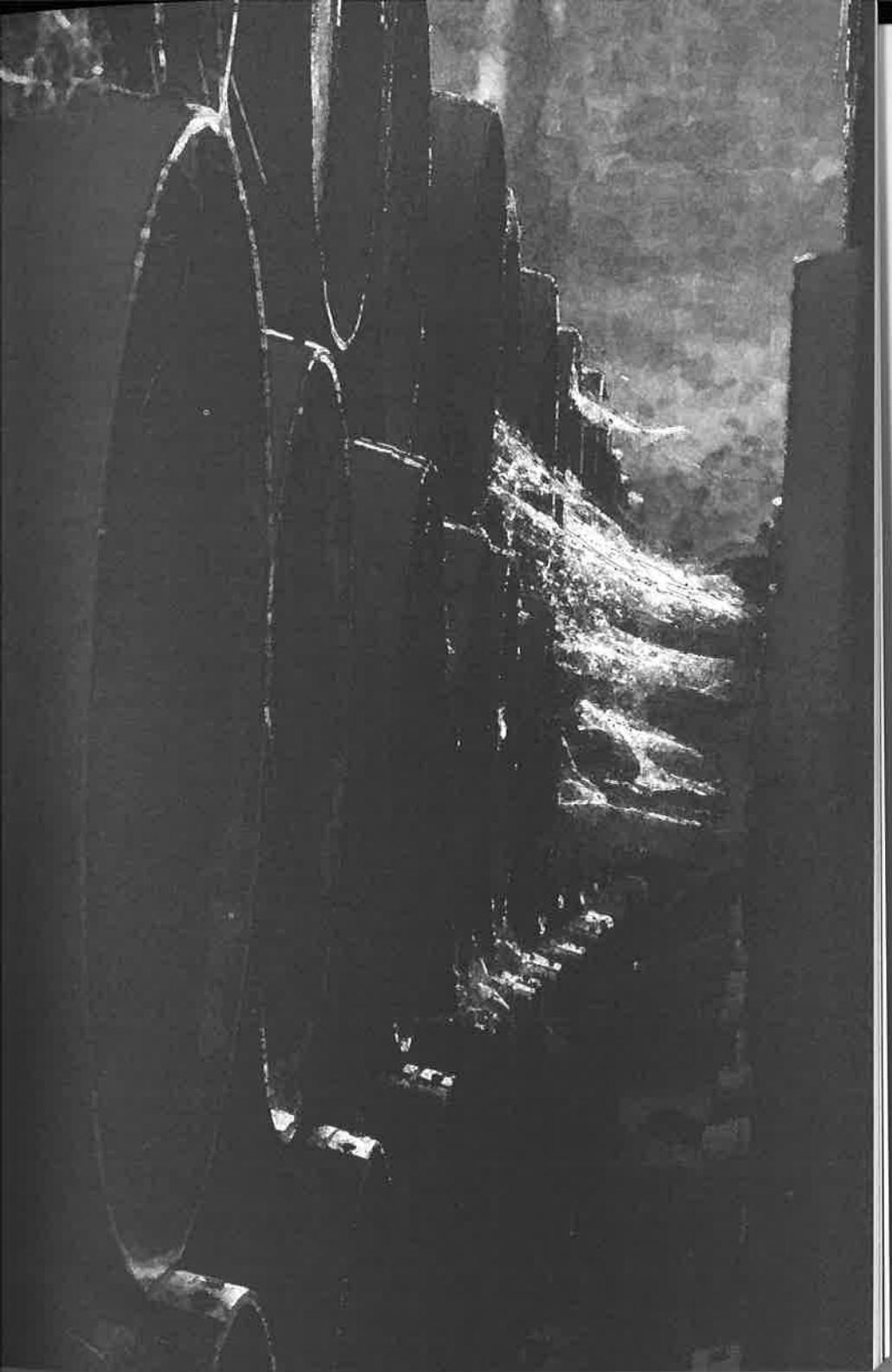
- Pues no le pasa nada... ; lo natural...; Que se le ha subido a la cabeza un vinillo muy fuerte...

Dolores no comprendió.

Cuando subió el desayuno, el amo estaba ante la ventana leyendo otra vez la tarjeta; ésta decía: «Ana Sandoval, Vda. de Ruiz, y más abajo, con una fina letra inglesa, habían escrito: «Pepe, hace unos días que estoy en «Los Claveles». Quería verte para tratar contigo de un asunto de interés. Hasta la vista.»

Anita Sandoval estaba allí y deseaba hablarle. He ahí una cosa inesperada: ni siquiera sabía que Anita existiese todavía. No recordaba que hubiese vuelto a «Los Claveles» desde hacía más de treinta años. Ni sabía que fue de su vida en ese tiempo; sólo supo que los padres de ella murieron en Madrid. La finca notaba la ausencia de sus dueños; era una pena ver el abandono y el descuido de aquellas viñas que siempre fueron tan lozanas; algunas veces, había entrado en aquella bodega; las botas alineadas, unas encima de otras, estaban vacías; el vino se vendía cada año, con prisa a los cosecheros; sin embargo, conservaban intacto el pequeño barrilito, que al final, casi lo ocultaban las telarañas; el barrilito conservaba unos nombres escritos con tiza: Anita, Maruca, Pepe. Los escribieron una tarde, cuando acababa de ser llenado; era el vino del color del cabello de Maruca, y tan generoso como ella misma.- «Ese vino había dicho el señor Sandoval- para vosotros, muchachas...»

Sin embargo, ninguna quiso probarlo, y los tres escribieron sus nombres. Cuando entraba en la bodega de «Los Claveles», sentíase atraído por aquel rinconcito en que las telarañas iban haciéndose cada vez más espesas; revivían las escenas de su juventud, volvía a ver a las dos escondiéndose tras los toneles y las tinajas y llamándole cada una por un lado... «¿Dónde estoy, Pepe» – le gritaba con voz dulce y apasionada Maruca. «Búscame, Pepe...» – le decía Anita, antojadiza y voluble. Él se volvía loco, y optaba por salir al patio; la de Sandoval,



mohína, le censuraba: «¿Por qué no me buscabas? No hubieras dado con el escondite...» Maruca no le decía nada, se limitaba a mirarlo muy fijamente con la boca entreabierta. Fue el juguete de las dos. Sólo eso: juguete...

Y al cabo de los años, vuelve a llamarlo una y él siente un cosquilleo delicioso por todo su ser; lo llama Anita y acudirá diligente. ¿Cómo estará? Era muy guapa y tenía unos ojos dorados llenos de calor; muy alta y proporcionada, con un busto armonioso y una cintura breve iay, las veces que los dos bailaron en la explanada al compás de una música de gramófono!...¿Cómo estará ahora? Le acucia un gran deseo de verla...

Pero, ¿por qué ese afán de engañarse a sí mismo?

Y sonríe bobaliconamente...

Es verdad: está contento, y nervioso, y entusiasmado, porque va a saber quien es la nueva diosa de aquellos campos: la mujer que tiene en sus ojos todo el calor maravilloso de las viñas que la rodean.

Aquí está el desayuno, don José... - ha dicho Dolores, colocando una bandeja sobre la mesa.

Ha desayunado bien; ¿desde cuándo no lo hacía con tanto apetito? Después se ha afeitado con sumo cuidado y ha prestado gran atención a su rostro: su frente, sólo acusa una arruga vertical; sus párpados se conservan como todas las partes de sus ojos, sin pliegues ni cansancio; la boca, tiene como si dijéramos la fragancia de la juventud, como su cuello, como sus hombros; sólo la cabeza se ha rendido a los años y triunfan cónicas, unas canas, que, por coquetería nunca intentó ocultar. Está bien. Lleva razón Araceli cuando dice que, «ya quisieran muchos mocitos parecerse al amo».

Optimista, satisfecho. La vida es bella. -Y sale a la vereda, hinchando sus pulmones con una profunda aspiración. Hace calor. Sin embargo, el sol no lastima y él puede llevar el sombrero en la mano. «Los Claveles» está cerca; pasar la vereda y atravesar la carretera. Ahora el nombre de

la finca parece un sarcasmo; no hay ni un solo clavel en toda ella. Antes estaban colgadas la macetas por todas las paredes del patio y de la fachada; los había de todos colores; Anita se adornaba con los rojos y se los colocaba en la cintura y en el escote; Maruca los prendía en sus cabellos, tan rubios y suaves; prefería los blancos; luego, cuando él los recibía como regalo, no olían a ella, a Maruca, a las hebras de su pelo de seda que se iban enredadas en la flor.

En la explanada no hay nadie; están todos los trabajadores en la viña o en el lagar. Él dio una voz y dijo las palabras que escuchó muchas veces a su padre, en una llamada llena de buen deseo:

- A la paz de Dios...

Del lagar sale el casero a recibirlo y le conduce a la habitación de la señorita.

Conoce aquellas escaleras. Están como entonces, blancas y ribeteadas de rojo; la baranda, negra, con el pasamanos muy brillante; en la meseta, ancha y clara, se conserva sobre la pared colgado, aquel lienzo oscuro que no dejaba ver la imagen en él pintada; luego, la antesala, con su balcón abierto al patio, el velador en medio y las mecedoras de rejilla; y las puertas de los cuartos alrededor; en una ha llamado el casero.

- Adelante...

¿La voz de Anita? No; una muy parecida; Anita tenía una voz gachona, de niña mimada, y ésta voz que ha oído es un poco dura.

Empujó el casero la puerta y le indicó que podía pasar. Realmente, necesitaba el aviso, pues de otro modo, tal vez, él no se hubiese atrevido a hacerlo, tan desconcertado se encontraba. La habitación estaba en una semipenumbra – luz de bodega -; junto a la ventana, estaba Anita sentada. La reconoció enseguida. ¿Cómo no, si se conservaba casi igual? Algo más llena de carnes.

- ¡Oh, Pepe!... ¡Cuántos años sin vernos!... –había dicho tendiéndole las dos manos muy afectuosa.



Él la miró y las retuvo unos instantes; iguales que entonces; no, iguales no; ahora tenían unas uñas largas, brillantes y rojas y estaban frías. Luego, puso galante un beso en cada una, y dijo:

- Siempre te he recordado tan bonita...

- ¡Ay, Pepe!... Ya me cuesta mucho trabajo conservarme medio regular...

- ¡Pero si estás como una chiquilla! ¡Si parece que vas a echar a correr por la viña!...¿te acuerdas? nunca te daba alcance...

- ¡No he de acordarme!. Pero estoy hecha una calamidad... Siéntate, Pepe.

Tomó asiento frente a ella, sin atreverse a mirar a su alrededor, temiendo ver por algún rincón la maravilla de los ojos verdes; recordó con espanto la risa de la muchacha y se sintió molesto. Anita cabalgaba una pierna sobre otra mientras lo observaba sonriendo.

- Te he llamado, Pepe, porque quiero tomarte parecer sobre un asunto... Pensé hacerlo la misma tarde que llegué; pero estaba muy cansada, y además no tenía la certeza de que estuvieses en... ¿cómo se llama tu finca?...¡ah, perdona! qué cabeza tengo! «La Niña», ¿verdad?

El sonrió al decir:

- «Niña Blanca».

- Justo... Lo había olvidado; no es extraño, ¡ha pasado tanto tiempo!... ¡Oh, y perdona otra vez!: no te he preguntado por tu familia...; supongo que estará bien ¡claro! y que..., ¿cuántos hijos tienes?

- No me he casado...

- ¿Qué no te has casado? ¡Quién lo diría!... Pues tienes facha de eso... Bueno, quiero decir... ¡Y bien que te gustaban las mujeres! ¿Te acuerdas de Ángela? Hizo todo lo posible por pescarte..., bueno, y tantas otras...; una lista interminable... Hasta yo algunas veces coqueteé...

Sonó su risa espontánea; al reír, se le escondían los ojos pícaros, y

sobre los dientes los labios se abrían dejando ver unas encías levemente rosadas.

- Bueno, lo mío – continuó queriendo contener las carcajadas- no tuvo importancia, y no pasamos de ser unos buenos amigos... ¡Ah!, épero, te acuerdas de Maruca?... ¡Sí, hombre, la rubia aquella que pasó aquí una temporada! ¿Qué ingrato es el corazón! ¡Y parecías tan rendido!... Pues Maruca vive en Bilbao; se casó con un armador de buques; está de gorda y de vieja!...

Se abrió una puerta y alguien entró en la habitación.

Él no volvió la cabeza, pero supo que era ella; lo supo, porque el corazón comenzó a galopar con locura.

Anita hizo un movimiento llamándola con la mano, y luego dijo:

- Mira, Pepe, es mi hija... – y a ella, - acércate Isabel, es nuestro amigo Pepe Alemuz...

La poca luz de la habitación, hizo que las mujeres no pudieran notar el súbito enrojecimiento del rostro de él, que se había puesto de pie y la saludaba ceremonioso.

¿Pero qué es eso, Pepe?... ¡Si es una niña!... Piensa que podría ser tu hija...

Y de nuevo le asaltó aquella risa incontenible.

Isabel no reía. Parecía ajena a todo lo que allí se hablaba; como si no escuchara la risa local de su madre y como si estuviese sola en la habitación. De pronto fue a la ventana y abrió de par en par sus puertas; esta acción irritó sobremanera a la madre, que cesó de reír, y comenzó a protestar:

- ¿Qué haces, niña?... No quiero luz...; entra el bochorno y las moscas, y entran todos los olores del campo y huele a estiércol, a mosto, sudores...

- ¡Qué manía, mamá!... Lo que entra es un paisaje de ensueño y unos aromas...

- ¡Ay, niña! No te me pongas romántica y hazme el favor de cerrar.

La voz de Anita tornóse agria y seca. La muchacha obedeció y se sentó junto a ellos.

- Bueno, Pepe, hablemos de negocios ¿te parece?... Pues verás... No sé como explicarme... Algunas cosas me resultan difíciles... Yo..., mi hija... ¿comprendes?

- Hasta ahora no.

- Me explicaré...¿Por qué no lo dices tú, Isabel?

- No sé lo que quieres decir, mamá.

- Demasiado lo sabes, niña... Para eso hemos venido al campo... Claro, que tú no vas a decirle que eres muy rara, que eres aburrida, que no te diviertes como las demás criaturas, que ni siquiera eres femenina, porque ¡hay que ver, la facha tan estupenda que tienes, y no sabes sacarle partido!...

- Pero mamá...

- Que sí, que sí, Pepe... Esta hija me da muchos disgustos, muchísimos... ; es mi cruz...; nadie me ha contrariado jamás, y ella sin embargo lo hace a cada instante... ; una cruz, una cruz muy pesada...

- Creo, mamá, que lo que dices de mí, no le interesa al señor Alemuz.

- ¿Señor Alemuz? ¿Qué ridículo respeto es ese? Aunque antes dije que podría ser tu padre, bien se ve que sólo parece un hermano tuyo... ¡Pero sí estás más joven que yo, Pepe!... Esta niña no tiene tacto social. Bueno, te lo explicaré yo; vamos por partes... Tú sabrás que «Los Claveles» lo dejó mi padre en herencia a mi hija... Sí, hombre, sí: mi padre en sus últimos días dio en pensar que yo podría ser una manirrota, y por eso quiso asegurarle a la niña el mendruguito de pan... También sabrás que hice un casamiento fantástico ¡me casé con un millonario!... Claro que el capital ha

mermado mucho; la vida está muy difícil... Y además..., bueno, esto que te voy a decir tal vez... ¿Tú te has fijado en mí!...

- ¡ Mamá...!

- Hija, le hablo a un amigo de la infancia... ¿Te has fijado en mí? ¿verdad que no estoy vieja? ¿qué puedo todavía inspirar admiración?... Pues a eso voy: que me caso otra vez...

- Pero...

- Enviudé muy joven; Carlos era tan bueno y me quería tanto. Pero ya ha pasado mucho tiempo y ..., y me siento muy sola sin la sombra y el apoyo de un hombre... Mi futuro, es de cierta edad; haremos un matrimonio muy simpático... Juan tiene mucha prisa...; ¡Y ahí está el drama!... ¡El drama, sí! porque Isabel mi hija, que debía estar loca porque su madre iba a ser nuevamente feliz, se opone a que lo sea...

- No me opongo, mamá...

- Si se opone, Pepe...; se opone, porque dice que ella no va a vivir con nosotros...; que ella, como mayor de edad, puede disponer de su finca, y vivir independiente; que ella, lo hará todo dinero, y seguirá estudiando... ¿sí, hombre, sí! Isabel, además de romántica es una intelectual ¡qué horror de niña!... Y ¡claro! ¿una madre que va a hacer si no darle gusto a su hija?... Ya lo tienes todo explicado..., ¿qué te parece?

- Veras, Ana – contestó él, un poco embarazoso – me parece que no te he entendido bien.

- ¿No? ¡Pues más claro! ¡Que Isabel quiere vender «Los Claveles» y que los compres tú!...

No se esperaba Alemuz tal proposición, por lo que estuvo a punto de salir de la butaca. Tardó un poco en contestar. Anita, ya desahogada, por haber dicho todo lo que se había propuesto, se estaba mirando con mucha atención los uñas; Isabel miraba serenamente hacia la ventana.

- Pues, francamente, no sé que contestar.

Isabel le miró directamente a los ojos. Ana exclamó:

- ¿Qué no sabes contestar? ¡Vamos, Pepe! Creo que la cosa está bien clara; el negocio de las viñas es de oro, ¿cómo vas a dudarlo?

- Yo creo, que Isabel no debe vender así, sin más ni más, debe antes asesorarse bien por personas competentes, y si después de todo cuánto le digan, sigue con el mismo propósito, entonces que la venda al mejor postor.

- ¡Oh, pero eso, nos haría perder mucho tiempo y Juan tiene prisa por casarse...

- Pero el interés de tu hija...

- Un mezquino interés: dinero, sólo dinero...; que se sacrifique, no siempre las sacrificadas han de ser las madres...

- Bien, si esa es vuestra resolución...

- ¿Qué...? – preguntó ávidamente.

- Que no compro «Los Claveles» – contestó resueltamente poniéndose de pie.

- ¿Quién lo diría de un amigo? ¿y te vas ya?... pero ¿no lo vas a pensar mejor?

Isabel también se había levantado.

- No insistas, mamá –dijo deteniéndola con un leve gesto- soy yo la que ha de decir como única dueña de la finca... –y volviéndose para él, continuó: - Muy agradecida, señor Alemuz, al leal consejo que me ha dado...

- Oh, oh, qué escándalo ¡Que niña!

- Calla, mamá, te lo suplico.

- ¿Cómo he de callar? Si lo que me sucede es espantoso...

Anita quedó chillando en la habitación, mientras Isabel y Alemuz, salían a la antesala; allí, la muchacha, le despidió con estas palabras:

- ¿Podría usted, indicarme una persona que me asesorara de estos asuntos?

- ¿No le importaría que fuese yo mismo?

- Está bien, señor Alemuz.

- En ese caso, ya nos pondremos de acuerdo...

- Pero no en casa, señor; mi madre, ya ha oído, es incompatible conmigo; podríamos vernos en la suya o paseando por el campo.

- Esta tarde éte parece, Isabel?

- Hasta luego, señor Alemuz.

Pronto las sospechas de Frasquito con respecto a los males del amo, pasaron a ser del dominio de todos los servidores de «Niña Blanca», y por eso no le extrañó el cambio en el sufrido.

- Mismamente un chiquillo – había dicho la abuela de Araceli.

Y ésta, se le quedaba mirando embobada, con los ojos muy abiertos, como si entonces descubriera la razón de los celos de su novio, y las palabras que aquel anochecer le dijo:... «si te viera desde el campo, aquí conmigo, solos los dos...»; Y ahora comprende el valor de aquellas palabras ¡pero si es un real mozo!

El dueño de «Niña Blanca» pasea constantemente con Isabel. Ella tiene un gran entusiasmo por el campo y está convencida de que haría un mal negocio vendiendo «Los Claveles!», las viñas, cuidadas con esmero, darán un gran rendimiento; las uvas son buenas, y el vino será excelente; volverá la bodega a contener sus amontillados caldos; volverán los toneles a conservar los años tras años, hasta obtener las ricas soleras. Ella escuchaba con atención los consejos de Alemuz, y preguntaba continuamente a él y a Frasquito.

Y entonces, Frasquito, cuando salga un vino malo...

- ¿Qué picardía está diciendo la señorita? De las viñas de Moriles jamás ha salido una cosa mala, y de las de Montilla ¡no digamos!...

¿Creé la señorita que la fama se tiene porque sí?... Si hasta hemos dado un nombre al universo entero: amontillado, vino amontillado..., ¿de donde viene la palabreja? De Montilla, ¡interésé bien! de Montilla...

- Ella iba sabiéndolo todo a fuerza de preguntas.

- ¿Y ese barrilito?

Estaban en la bodega de «Los Claveles». Por las ventanas altas, entraban débilmente los últimos rayos de sol. A través de las espesas telas de araña, veíanse escritos los nombres: Anita, Maruca, Pepe.

- Supongo que es mi madre y una amiga... ¿y Pepe?

- Yo...

Arrugó ella la frente, sin disimular el disgusto. Luego dijo:

- ¿Le ocurrirá algo al vino, si borramos esos nombres?

Él no quiso decir que aquello debía quedarse así, como tradición, y sintió una alegría salvaje; borrarían aquellos nombres, ¿qué significaban en la actualidad? Anita, una mujer inconsciente y egoísta, incapaz de comprender una tierna emoción; Maruca..., Maruca..., se le borraba la imagen, no podía encajarla ya en sus recuerdos; y Pepe..., ¡ah, Pepe fue un muchacho seductor y galante, con el que jugaron todas las mujeres! Ahora es todo un señor Alemuz, todo un señor respetable, con el cual, las muchachas jóvenes y bonitas podían ir acompañadas paternalmente.

- ¿Se borran esos nombres y se deja sólo la fecha? – interrogaba a la vez con sus pupilas tremendamente brillantes.

Algo se rebeló muy adentro de su ser; fue una protesta íntima; una ira incontenible, al notar que la calma de la joven era inalterable en todo momento, y que resultaba ridículo a su lado, conteniendo las miradas y midiendo las palabras, temiendo que, con cualquier imprudencia, la maravilla de aquella amistad, podría desaparecer.

- Oh, señor Alemuz, tal vez esos nombres sean un bello recuerdo de su juventud...

El pañuelo blanco de él, pasó entre las telarañas y borró fuertemente las letras. Entretanto, no pudo notar la extraña sonrisa que dilató los labios de Isabel. Cuando salieron de la bodega se encontraron en el patio a Anita que los esperaba mientras conversaba infatigable con los caseros.

- No puedo soportar aquí ni un día más... Me marcho mañana a Aguilar para tomar el exprés...

- Oh, mamá, siento no poder acompañarte...

- ¡Cómo! ¿Serías capaz de quedarte aquí más tiempo?

- Pienso quedarme hasta terminar la vendimia.

- Oh, oh, que hija más loca... Está bien..., subiréis a acompañarme...

- Imposible, mamá, tengo que ir con el señor Alemuz a «Niña Blanca» para examinar unos papeles.

- Oh, oh, loca de atar... No puedo permanecer un solo día más aquí... Vente luego, Pepe, jugaremos una partidita ¿eh?

Salieron los dos en silencio. La tarde, dorada y azul, ofrecía un encanto singular de canateres y susurros. Caminaban los dos sin mirarse, sumido cada uno en sus propios pensamientos. Atravesaron la carretera y empezaron a andar por la vereda.

Siempre igual. Aunque los años pasaran. Aunque las sienes le plateasen. Aunque acompañara a una mujer paternalmente. Ella manda en él. Y él obedecía; como siempre, como un chiquillo; un juguete en las manos femeninas; pero ahora era un juguete maltratado; ella arreglaría sus asuntos, y se marcharía de su lado, como ahora el sol tras los viñedos, abandonándolo en la más oscura tristeza; él era, algo así, como este día que empezaba a agonizar al irse el sol... Y cuando ella, acababa la vendimia, tome un día la carretera adelante... ¿En busca de

quién? ¡Oh, triste corazón, que te niegan el derecho de amar, y revientas de celos!

- Señor Alemuz- dice deteniendo el paso –no se crea en la obligación de llevarme a su casa...; dije aquello porque cada día me siento con menos fuerzas para soportar a mi madre; pienso quedarme por aquí paseando y volver a casa cuando pase un rato; no quiero que usted abandone sus asuntos por acompañarme.

- Al contrario, Isabel..., pensaba que podrías venir a merendar ¿quiere?

Dolores los vio llegar y se apresuró a meterse en la despensa, porque eran las horas en que al amo le gustaba tomar tapitas. La abuela de Araceli, arrugadita como una uva pasada, murmuró al verlos subir a las habitaciones: ¡Solera, y vino nuevo, superior! Y el casero, que los saludó correcto al pie de la escalera, también murmuraba; «El amo es como una viña en toda su plenitud y ella como un majuelo acabadito de plantar...»

La ventana estaba abierta de par en par.

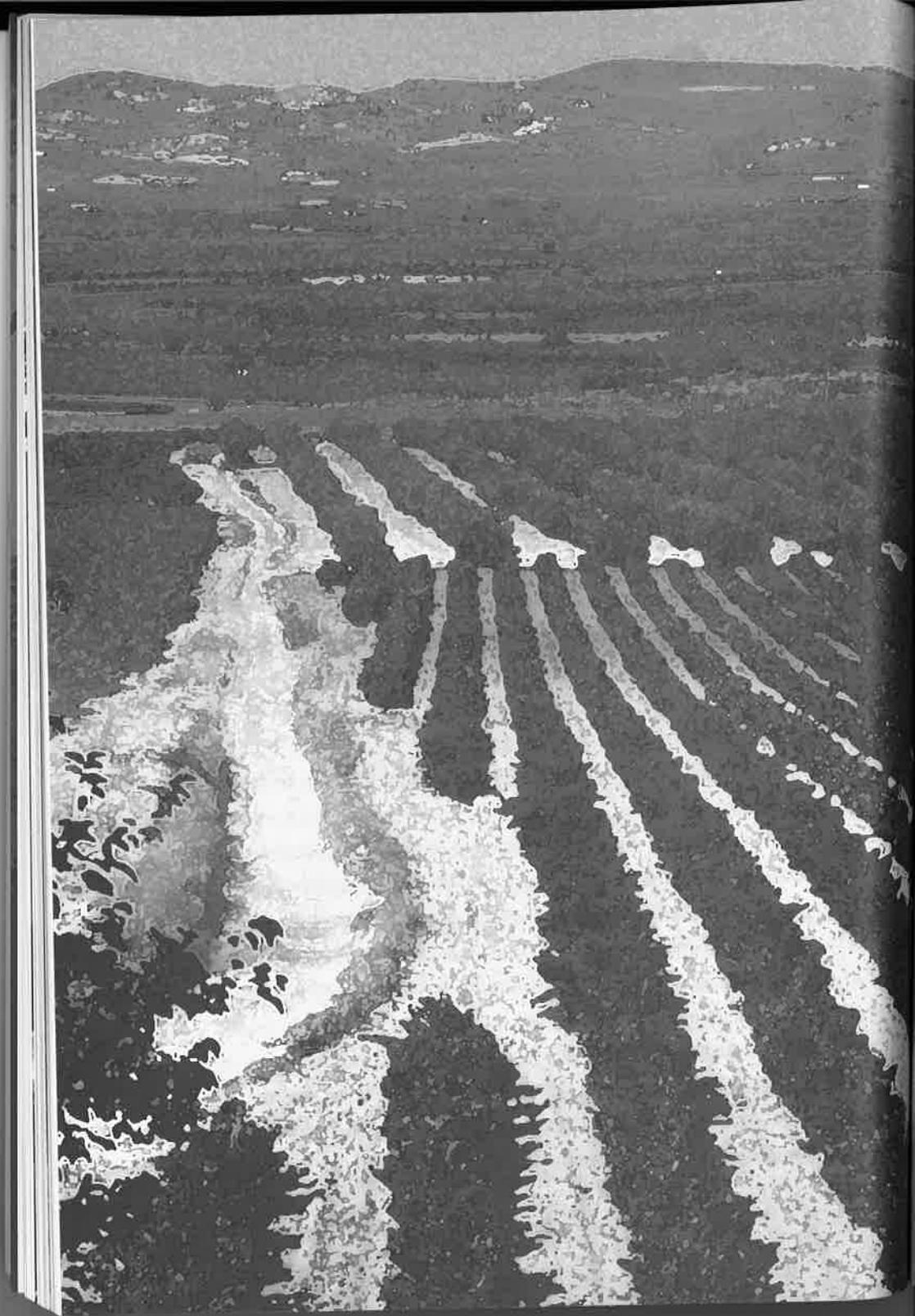
- ¡Oh, cuánta luz hay aquí! –dijo Isabel al entrar, y se asomó a la reja- ¡Y que vistas tan bonitas!...

Él también se asomó. Y miró. Le pareció un paisaje nuevo; no recordaba haber visto otro igual; y se gozó, en ir descubriendo llanuras y montes, picos lejanos y hondonadas cercanas. Respiraba con deleite el olor campero: flores, membrillos, mostos. Y comenzó a señalar:

- Aquella es la sierra de Montilla; desde aquí parece envuelta en una gasa, como una mujer mora, pero desde allí...

- ¿Usted es de Montilla?

Se enturbiaron los ojos endrinos al afirmar con la cabeza. Luego dijo: - De allí soy... Bonita ciudad; Munda bética, se llamó...; está como una reina en su trono; y reina es, con una corte de vergeles y de



viñas; tengo que llevarte allí; he de enseñarte los lagares; tienes que probar sus vinos en aquellas bodegas; una reina, que guarda sus tesoros en toneles y tinajas, y que se muestra como una perla hermosa entre pliegues de terciopelo verde.

- Me gustaría ir. Yo sé que Montilla es una ciudad muy antigua y que allí nació San Francisco Solano y el Gran Capitán...

- Y Baco también...

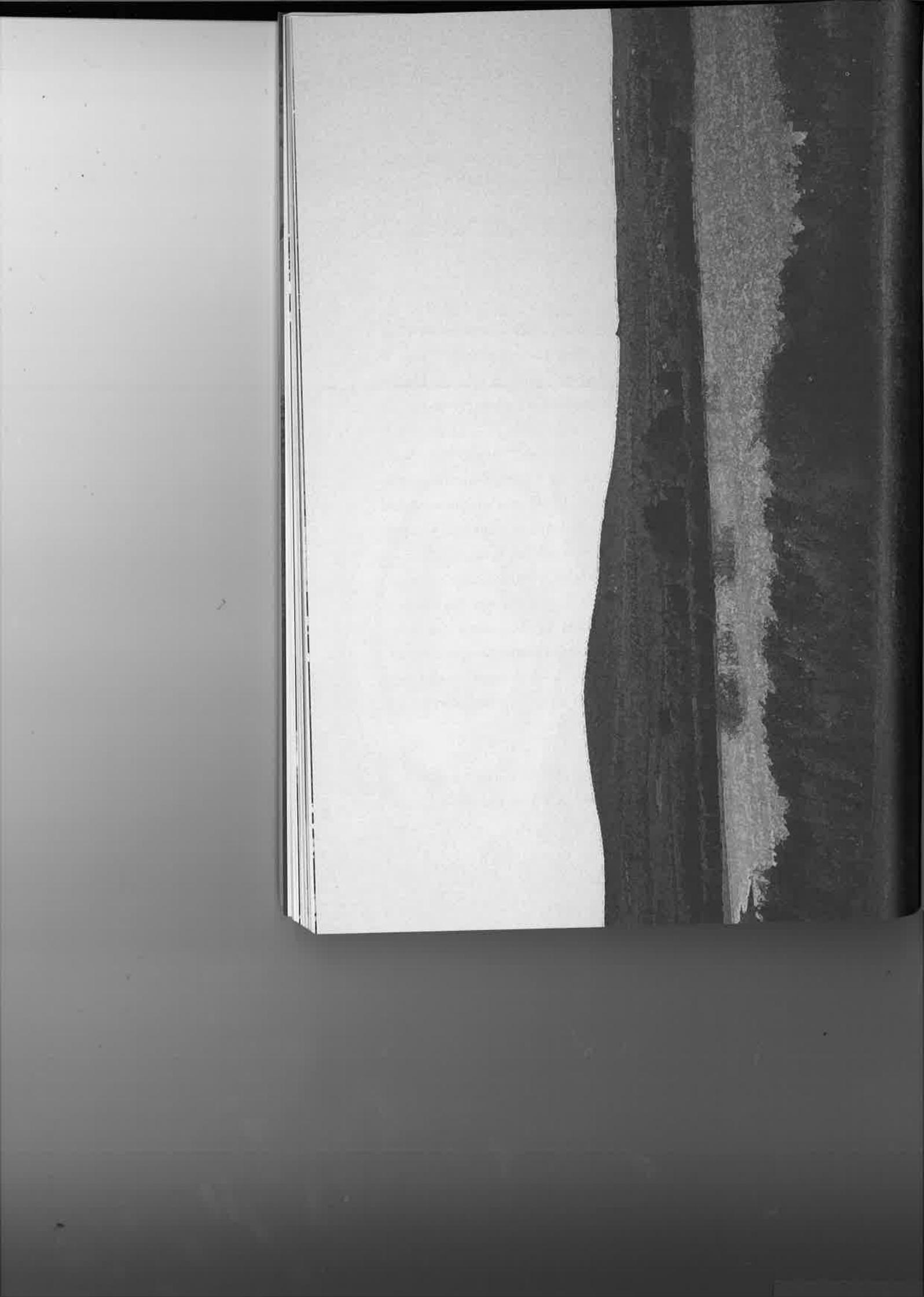
- ¡Oh, que idea! – y comenzó a reír!

Era una risa nueva; una risa deliciosa, clara y armoniosa; él la escuchaba con placer; la muchacha había perdido aquella rigidez y empaque que tanto temor le causaba; era bonita la risa, era bonita Isabel, era bonita la tarde, la brisa, la puesta de sol, hasta la reja que los juntaba era bonita.

- ¿Tú conoces la leyenda del macho cabrío? Según ella, Noé, observó que el animal al comer el fruto de la vid salvaje empezó a atacar a los demás animales; entonces el patriarca comprendió las propiedades de aquella planta y se dedicó a su cultivo... Yo creo más en la otra leyenda, pero no como la cuentan, si no así: Baco se paseaba por las campiñas de Córdoba; vio la planta y quiso transportarla allí –y señalaba la sierra de Montilla- a aquellas colinas; y luego todo lo que se cuenta: que hacia mucho calor y que para que no se mustiase tomó un hueso de ave y guardó en su interior el tallo de la planta: pero como la mano de Baco tenía un enorme poder de fecundación, aquello comenzó a crecer, y buscó otra cosa donde meterla; encontró un hueso de león...

- ¿Leones en esta tierra?...

- Aquí tenemos todo... Metió el tallo dentro del hueso del león..., y por fin llegó a Montilla; quiso extraerla de los huesos y no pudo y así la tuvo que meter en la tierra...



una doncella púdica; Moriles sale al campo para servirlo únicamente, y asienta sus casas en el terreno justo y preciso, se repliega, se encaja en el declive apurando el sitio; y aquí tienes sus viñas, hijas mimadas y queridísimas de los morilenses; y así están ellas hermosas, espléndidas, ubérrimas; y así son sus vinos, conseguidos, amontillados, exquisitos; y así han logrado que su nombre se conozca y se estime; ¡qué grande es el poder de un pueblo que trabaja lleno de fe en sí mismo y en la Voluntad divina!...

Dolores había entrado sin hacer ruido, y había dejado una bandeja sobre la mesa, conteniendo bocadillos, y unas botellas de vino, y luego salió sin que hubiesen notado su presencia.

Isabel escuchaba atentamente sin dejar de mirar los campos; él continuaba hablando, hasta que una vez al volver la cabeza, se dio cuenta de la bandeja, y exclamó:

- ¡Aquí está la merienda! ¡brindemos por nuestra amistad! Hoy es un gran día, porque tú has entrado en mi casa... Bebe, Isabel, y que el vino lleve alegría a tu corazón para que yo pueda sentir de nuevo tu risa... ¡Qué facilidad tienes para hacerme feliz! ¡Bendita seas!... Se había sentado frente a ella.

- ¡Oh, señor Alemuz! Le aseguro que no necesito beber, para estar contenta, siento un gran bienestar espiritual junto a usted; me parece como si le hubiera conocido toda mi vida; como si de niños los dos, cogidas las manos, hubiésemos recorrido esas colinas verdes; es extraño lo que me sucede...; pero estoy contenta sin necesidad de beber...

- Yo en cambio... -el caballero titubeó, y por sus ojos pasaron unas sombras tristes -; yo en cambio, Isabel, necesito del vino...; no puedes comprender por qué, ni yo me atrevería a explicártelo... Cuando te vayas, Isabel, y me quede solo en «Niña Blanca! el recuerdo de estos

días que hemos pasado juntos, y el de esta tarde en que honras mi hogar, será un bálsamo consolador para mis años tristes...

Una niña, como tú, no puede comprender la soledad de la vejez...

- ¿Viejo? No, no...

- Inútil es negarlo, Isabel; tú misma me das la patente con tu ceremonioso señor Alemuz... Eres la única que me llamas así; yo soy Pepe, el señorito, el amo, o cuándo más don José, ¡pero señor Alemuz!...

La risa acudió bullanguera...; y reían también los ojos verdes, pícaros, traviesos brujos...

- Intentaré acostumbrarme a llamarlo de otra manera...

- Pepe..., ¿por qué no me llamas Pepe? ¿Qué tiene que ver ese señor Alemuz con nosotros?

- ¡Oh, me costará mucho trabajo!...¿Y cuándo yo me vaya va a quedarse en el campo? ¿No le gusta la ciudad, y viajar...?

- ¡Claro que me gusta! ¡Pero yo vivo mejor en el campo! ¿En mis lagares no me falta de nada!...Leo, escribo, paseo, sueño....

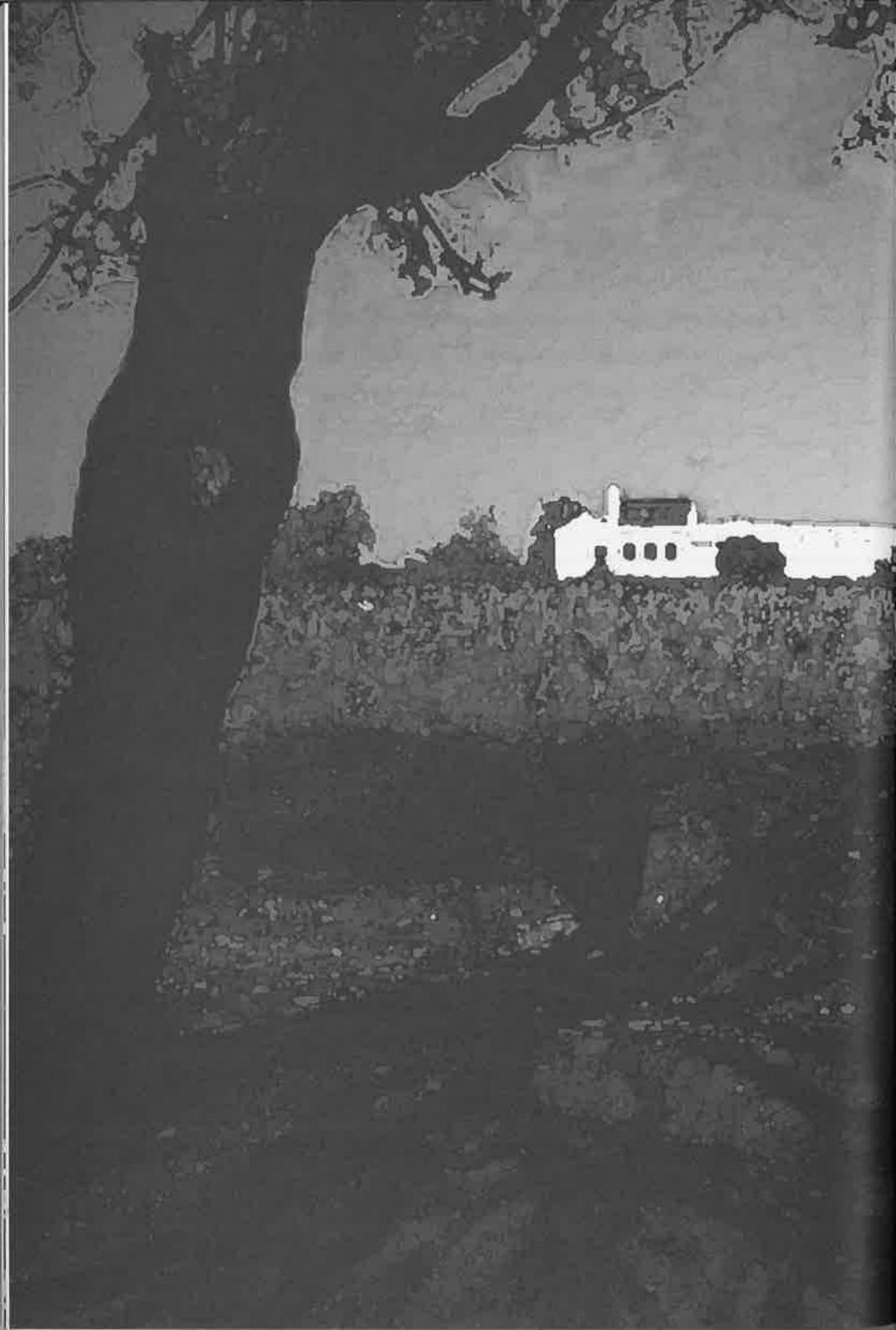
Y de pronto, llenó su ser de un arrebató imperioso, dijo....

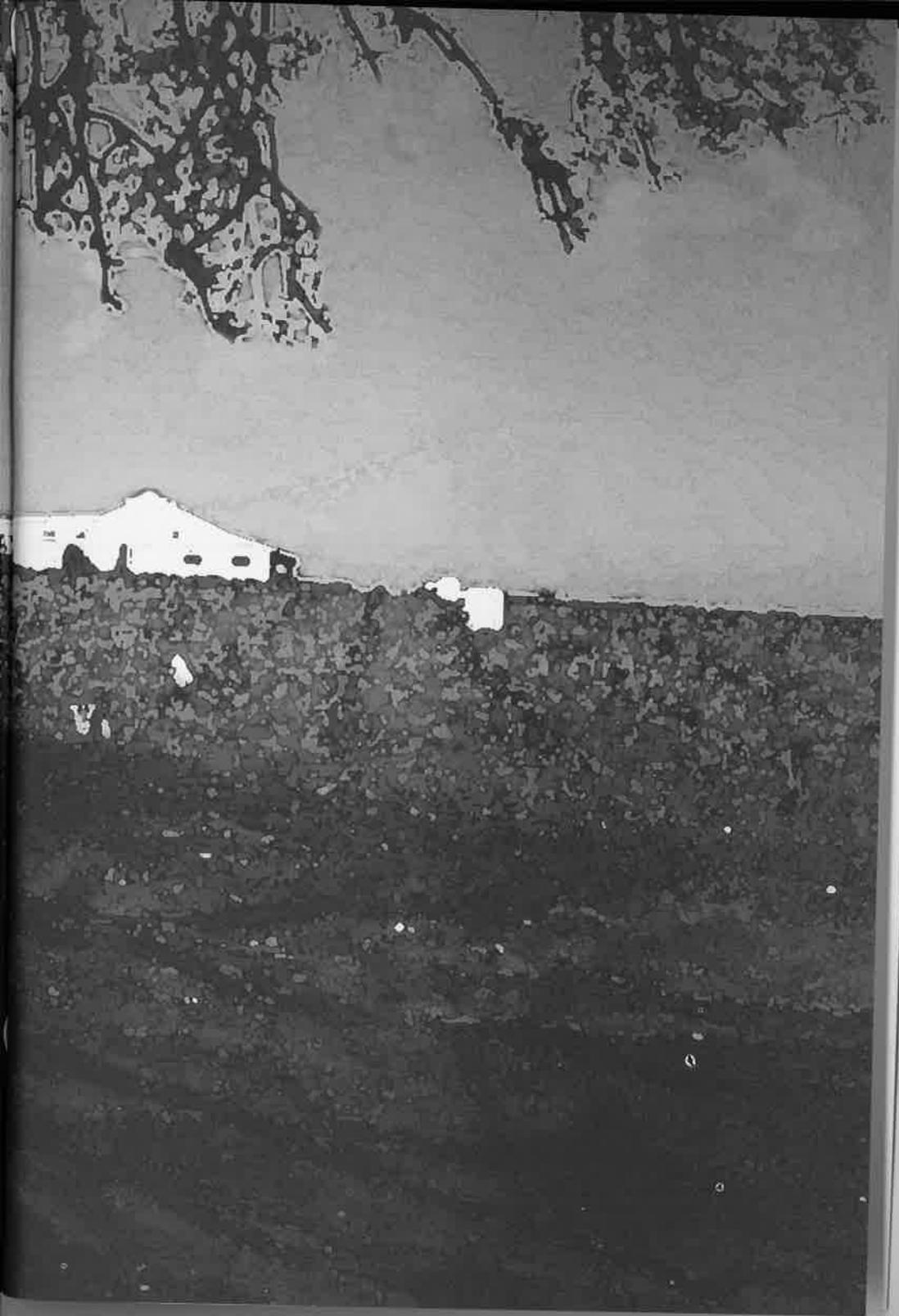
- Isabel, soy un ser despreciable y débil como una brizna de paja...; soy un niño que, a sabiendas arroja su tesoro al pozo; sé que después de esto, tú volverás a reírte como aquella tarde que te conocí, te burlará y saldrás de ésta casa para no volver nunca...; pero esto que siento es más poderoso que mi razón; estoy loco, pues de otra forma no se concibe que te hable así...Isabel, sé que soy viejo, que esta fortaleza que ahora tengo, se me derrumbará enseguida, cuando salgas de aquí; que soy como esas encinas que están al borde del camino secas y retorcidas, clamando por el hocino del leñador...; y sé que, tú eres unos de esos majuelos cargados de promesas y esperanzas...

- ¡Oh calla, calla...! – exclamó ella con el rostro lleno de un resplandor nuevo.

- ¡Qué has dicho mujer! —y la voz del caballero, antes melancólica y triste, tuvo sonoridad de campanillas y cantares; se había levantado, ebrio de gozo y la estrechaba en sus brazos nerviosamente- ¡No es un sueño!... itodo es verdad: que me quieres y te quiero!...¡Dulce Isabel Con tus ojos color de uva rendidos por un loco amor. ¡...Brindemos ahora: por nuestra felicidad...! Bebe, mujer: el vino alegra el corazón...

En Puerto Real Mayo 1952
Paula Contreras.







Francisca de Paula Contreras Márquez nació en la aldea de Los Zapateros, en el Lugar de los Motivos, en los primeros días de enero de 1.911. Su infancia la pasa en Moriles, transformada la Aldea en Municipio independiente (1.912), y, como otros muchos, sufre las penalidades y penurias propias de aquellos años.

Aprendió sola a leer y ya, de pequeña, escribía narraciones y contaba cuentos inventados al resto de los niños, diciendo que se los había contado su abuelo para que no se rieran de ella.

Estudió Magisterio en Córdoba, donde siguió escribiendo, a la par que estudiaba la Carrera, colaborando con periódicos y revistas, escribiendo cuentos, artículos, etc.

Su primer destino profesional fue en Dos Torres, en el Valle de los Pedroches, durante dos años. Volvió a Córdoba para ejercer en la Escuela Maternal Modelo y, posteriormente, se trasladó a Ubrique (Cádiz).

Puerto Real (Cádiz) fue su destino definitivo. Allí, alrededor del año 1.951, intervino en la formación del Grupo «Madrigal» (Letras, Arte y Ciencias) del que fue elegida Presidenta, siendo muy intensa su actividad literaria a partir de aquellos momentos.

En 1.952 escribe la novela *Historias de un pueblo sin historia* que envía al Premio Nadal, en el año 1.954, quedando clasificada entre las novelas finalistas. No fue publicada, sin embargo, hasta 1.989. Junto a *Laguna Grande* (1.992) y *Moriles. Trazos de su historia* (1.995) componen una trilogía dedicada a Moriles, que alcanza un valor literario, histórico y emotivo singulares.

Además de estas novelas, Paula Contreras tiene publicados dos libros de cuentos, *Cuentos* (1.993) y *Cuentos II* (1.996) y un libro de narraciones cortas titulado *El molino del Nansa* (1.993).

Como complemento a esa labor de creación han estado sus continuas colaboraciones en periódicos y revistas. Entre ellos, a modo de privilegiados, estuvo el extinto periódico «Moriles» y, actualmente, su anual *Revista de Feria*.

En 1.990 intervino como Pregonera de las Fiestas Patronales de Moriles y en el año 2.001 el Ayuntamiento asignó el nombre de «Paula Contreras», en su honor, al edificio de la Casa de la Cultura, siendo homenajeada públicamente con motivo de la Celebración del Día de Andalucía del año 2.002.

Igualmente, son incontables los artículos y menciones que a ella se han dedicado, tanto en medios de comunicación audiovisuales como escritos.

En todas las obras, artículos y actos mencionados el nombre de Moriles ha acompañado inexorablemente a Paula Contreras, quien nunca ha renunciado a sus orígenes y quien no desaprovecha oportunidad que se le brinde para, aun en la distancia, rendir homenaje a su Pueblo Natal y ser una orgullosa abanderada suya.

Digno de resaltar es el valor totalmente altruista que han tenido todas las ediciones de sus obras, cuyos ingresos han sido destinados en su totalidad a fines y entidades benéficas.

Paula sigue completando páginas con trazos de amor hechos historia, cuento, novela o artículo y en su archivo personal continúan muchos de sus escritos ansiosos de poder llegar a sus lectores.



Diputación de Córdoba

*Colección
Patrimonio Literario*